



AGUAS VIVAS

¿Qué significa ser cristiano?

Una particular aplicación de las enseñanzas del Sermón del Monte – P. 2

Excusas que suelen darse para no seguir a Cristo

¿Es la suya alguna de éstas? - P. 4

Un hombre en Cristo

Hay tres aspectos en los cuales la Escritura presenta al hombre. He aquí uno de ellos – P. 5

Gloriosa redención

La breve historia de Ana, la profetisa, es una figura de Israel y también del hombre contemporáneo – P. 7

Cuando el río de Dios se seca

¿Qué ocurre con el creyente que ha perdido el sentimiento de la presencia de Dios? - P. 9

El síndrome de Laodicea

Laodicea, como Efraín en días del profeta Oseas, presentan rasgos similares – P. 11

Necesidad del Espíritu Santo

Sin el Espíritu de Dios, las preciosas verdades bíblicas se transforman en meras doctrinas. P.13

La obra del Espíritu Santo

Los símiles con que el Espíritu Santo es presentado en las Escrituras nos muestran las características de su obra en los creyentes – P. 15

¿Cuál es el ministerio de una mujer de Dios?

La mujer de Dios tiene amplias posibilidades de realización y de servicio – P. 17

Mi proyecto de vida

Las decisiones más importantes de la vida se toman en la juventud – P. 18

Los enemigos del cristiano:

El pecado

Estudios sobre la vida cristiana para creyentes nuevos – P. 21

El eterno propósito de Dios para el hombre.

No morir, sino reinar – P. 23

Sirviéndonos del mundo



El apóstol Pablo dice en 1ª Corintios 7:31: “y los que usan del mundo ...” (Versión Moderna). Por la palabra de Dios sabemos que “el mundo entero está bajo el maligno”. (1ª Juan 5:19); sin embargo, el mundo puede ser utilizado por nosotros. En efecto, los que esperamos reinar un día con Cristo sobre esta tierra, hoy podemos valernos del mundo para extender el reino de Dios.

Las modernas tecnologías bien pueden ser puestas al servicio de la obra de Dios. Es esto lo que está ocurriendo últimamente con Internet, por ejemplo. Un medio tan controvertido, puede permitirnos llegar a muchos lugares y tocar el corazón de nuestros hermanos con la preciosa palabra de Dios.

¿No es maravilloso?

Recientemente, y gracias a la gentileza de los hermanos del sitio Web www.comunidadescristianas.cl, estamos llegan-

do a decenas de creyentes, especialmente hispanoamericanos, con nuestra revista, en su versión electrónica e impresa. Para nosotros, es una gran satisfacción poder servir a los hijos de Dios, sin importar nacionalidad, raza, ni ningún otro criterio de separación.

¡Un saludo afectuoso a todos ellos!

Nos complace presentar en este número una serie de estudios relacionados con el Espíritu Santo, sin cuya presencia y obra, la vida del cristiano se convierte en una empinada y hostigosa cuesta imposible de ascender.

Su glorioso ministerio en esta dispensación es insustituible tanto en el corazón del creyente, como en la conversión de los incrédulos y en la detención del misterio de la iniquidad.

Quiera el Señor usar estos mensajes para gloria de su Nombre y bendición de su amado pueblo.

ADEMÁS:

Escudriñad las Escrituras	20
Bocadillos de la mesa del Rey	24
Para Meditar	22
Citas Escogidas	24
“Quebrantado” (Poema)	22
Cartas de nuestros lectores	24

VISITE

NUESTRO SITIO WEB

<http://geocities.com/aguasvivas2000>

Una particular aplicación de las principales enseñanzas del Sermón del Monte.

¿Qué significa ser cristiano?

Vivimos en una sociedad denominada “occidental cristiana”, y llevamos en ese apellido el nombre de Cristo; sin embargo, ¿qué se entiende en esta sociedad por “ser cristiano”? ¿Armoniza ese concepto con las enseñanzas de Cristo?

No matarás

Los antiguos se les dijo: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero Cristo dijo que cualquiera que se enoje contra su hermano será culpable de juicio. (Mateo 5:21-22).

Para Cristo un simple enojo es lo mismo que un homicidio.

Sin embargo, en nuestra sociedad *cristiana*, no sólo el enojo no es censurado, sino que el matar ha llegado a ser un arte que se enseña en las novelas que leen los niños en el Colegio, en los programas de televisión para niños, y se lleva a su máxima expresión en las sórdidas películas de Hollywood, que también ven los niños. De vez en cuando, en algún lugar del mundo, algunos niños exaltados han llevado a la práctica, para horror del mundo entero, lo que allí han aprendido. Pero hay muchas de estas cosas que, por no ser tan espectaculares, no se conocen públicamente.

Hay muchos que llevan el nombre de

“cristianos” por fuera, pero por dentro están llenos de enojo contra su hermano, y aun de odio; y hay muchos que matarían a su prójimo, de no ser por el castigo que imponen las leyes.

El verdadero cristianismo consiste en que Cristo viva en el corazón del hombre, con todo el amor y el perdón para con los demás.

No cometerás adulterio

Los antiguos dijeron: No cometerás adulterio. Pero Cristo enseñó que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. (Mateo 5:27-28).

Para Cristo, la sola mirada impura es tan pecaminosa como el adulterio.

Sin embargo, en nuestra sociedad no sólo se propicia el adulterio, sino que se provee de todo lo imaginable para alimentar de impureza las miradas.

¿No es la armonía del matrimonio -- según los modelos del cine, la T.V., las revistas y novelas-- , considerada un ideal inalcanzable? ¿No es la fidelidad matrimonial una rutina insoportable? ¿No es la promiscuidad sexual, en cambio, una moderna señal de libertad? ¿No es la sensualidad --que destruye matrimonios-- propagada a través de los medios de comunicación, especialmente de la publicidad? ¿No es el adulterio “blanqueado” con la expresión *excitante aventura extramarital*?

Esto ocurre porque nuestra sociedad “cristiana” lleva este apellido como un ropaje exterior, pero que no afecta a su corazón.

Hay muchos hoy que llamándose cristianos adulteran habitualmente (y su conciencia ya no les reprende), y hay aún muchos más que igualmente adulteran al mirar a una mujer para codiciarla.

Ser cristiano de verdad consiste en que Cristo viva en el corazón del hombre y cambie toda su impiedad en pureza.

El divorcio

Fue dicho a los antiguos: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divor-

cio. Pero Cristo dijo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere. (Mateo 5:31-32).

Pero en nuestra sociedad no sólo se propicia el repudio, sino que el divorcio (o la nulidad) se legitima abiertamente.

¿No es eso lo que el cine y la T.V. nos enseñan cada día? ¿No es la estabilidad matrimonial, según esos modelos, un asunto de “nuestros abuelos”?

A la menor desavenencia, el marido deja a la mujer o la mujer al marido, y se esgrimen razones tan burdas, que no alcanzan a esconder los motivos de fondo: dar rienda suelta a la sensualidad con diversas parejas. ¿Y cuántas parejas (muchas de ellas personajes públicos) conviven (es decir, *fornican*) con uno y otro sin el menor escrúpulo?

Esto ocurre porque lo que llamamos “cristianos” hoy lo es sólo de nombre, pero no lo es en realidad.

Para que una sociedad o un hombre sean verdaderamente cristianos deben experimentar un cambio radical que comience en el corazón.

El hombre no es capaz, por sí mismo, de erradicar de su corazón los malos deseos, como el de repudiar a su mujer. Muchos cristianos de nombre hacen esfuerzos sobrehumanos para evitar una ruptura matrimonial, pero están siendo derrotados.

Sólo Cristo viviendo en el corazón del hombre hace que un marido pueda amar a su esposa cada día más. Sólo Cristo en el corazón del hombre es capaz de transformar el repudio en amor.

Los juramentos

Fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero Cristo dijo: No juréis en ninguna manera. Sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede. (Mateo 5:33-37).

Cristo enseñó que no sólo no se debía jurar, sino que la palabra dada debía ser sin doblez ni engaño.

Sin embargo, en nuestros días no sólo se



AGUAS VIVAS

EQUIPO REDACTOR

Eliseo Apablaza F.
Roberto Sáez F.
Gonzalo Sepúlveda H.

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN Emecé

CONTACTOS

Llanquín Lucio 01972
Fonos (45) 261791 – 258214
E-Mail: eliseoapablaza@hotmail.com
Temuco (Chile).

Nuestra meta es servir a Dios
y a todos los hombres;
nuestro único mensaje es Jesucristo,
el don todosuficiente de Dios.
Escríbanos o llámenos;
háganos llegar sus sugerencias,
colaboraciones y consultas.
Le contestaremos con mucho agrado.

jura a destajo, sino que la palabra empeñada no se cumple y, aún más, para que la palabra tenga algún valor, debe ir respaldada por documentos que la hagan válida.

Es verdad, la palabra empeñada de un hombre no tiene hoy mucho valor, y esto es así, no sólo con respecto a los extraños, sino aun con respecto a los propios amigos.

Esto ocurre porque hoy livianamente nos llamamos cristianos, sin saber lo que eso significa, e ignoramos a Cristo y su palabra.

Ser cristiano no es simplemente pertenecer a una familia con tradición cristiana. No es, tampoco, cumplir con ciertas tradiciones consideradas cristianas. Ser cristiano es haber nacido de nuevo. Es haber recibido una transformación interior, que hace posible que una persona llegue a ser una nueva persona, y cuya palabra sea confiable.

Sólo Dios puede engendrar a un cristiano de verdad.

Sin embargo, hay muchos que llámándose a sí mismos “cristianos” engañan a su prójimo, no cumplen sus compromisos, dan respuestas ambiguas, y usan los artificios del lenguaje para cazar a su prójimo.

Ser cristiano es algo muy diferente a lo que creemos que es. Ser cristiano consiste en que Cristo viva su vida en un hombre. Y esto es posible hoy, porque Cristo vive, y Él transforma a todo aquel que toca.

Actitud hacia el que nos ofende

Los días que vivimos son días de mucha confusión. Mucho de lo que parece que es, en verdad no es. Y viceversa. Así ocurre también con el cristianismo.

Fue dicho a los antiguos: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero Cristo dijo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra. (Mateo 5:38-39).

Cristo enseñó que no sólo la venganza es mala, sino que no hay que resistir al que es malo, que hay que servirle y darle aún más de lo que pide.

Esta enseñanza suena hoy, dadas las formas de vida de nuestra sociedad “cristiana”, fuera de lugar y hasta ridícula. Hoy no sólo se da lugar a la venganza, sino que nadie está dispuesto a sufrir el agravio, ni a ser defraudado. Más aún, el ofendido contrata abogados y pleitea en juicio contra su prójimo, aunque se trate de su propio hermano. Las ciencias jurídicas están llenas de fórmulas, no siempre usadas para establecer el derecho, sino para que una cierta postura particular, aunque sea injusta, triunfe.

El amor propio y la venganza son viejos huéspedes del corazón humano.

Que esto ocurra en sociedades donde son permitidas y aun hasta loables, es com-

preensible. Pero que ocurra en una sociedad que celebra año a año con fervor la Navidad, es inconcebible. ¿Por qué ocurre así?

Esto sucede porque muchos llevan el nombre de “cristianos”, pero no tienen la realidad de tales.

Un verdadero cristiano puede poner la otra mejilla, entregar la capa y cargar una segunda milla. Esto es imposible para uno que no ha sido tocado por Dios.

Sólo Dios puede producir un verdadero cristiano. Se llega a serlo, no por adoctrinamiento, sino por nuevo nacimiento. Sólo aquél que es nacido de Dios es un cristiano de verdad.

Actitud hacia los enemigos

Fue dicho a los antiguos: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo.

Pero Cristo dijo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen. (Mateo 5:43-44).

Cristo enseñó que no sólo hay que amar al prójimo, sino que también hay que amar al enemigo. No sólo no hay que aborrecerlo: hay que amarlo.

Sin embargo, vemos hoy entre nosotros que no sólo no se ama al enemigo, sino que ni siquiera se ama al prójimo. Siendo así, es impensable llegar a amar al enemigo. Más bien, vemos que se busca la forma cómo matarlo, y cómo hundir al prójimo cuando se pone en nuestro camino.

Aunque sea triste decirlo, esta sociedad *cristiana* nunca llegará a ser verdaderamente cristiana (aunque cada hombre o mujer en particular puede llegar a serlo).

Amar al enemigo no es algo que pueda hacer un hombre común. Para amar al enemigo se requiere algo sobrenatural: haber nacido de lo alto. Es preciso que Cristo viva su vida dentro del hombre.

Sólo Cristo pudo amar a sus enemigos. Y todavía, dentro del hombre regenerado, Cristo lo sigue haciendo.

Ser cristiano no consiste en que un manzano dé uvas; sino en que la vid dé uvas. Y la Vid es Cristo.

¿Dónde está el tesoro?

Vivimos días de relativa prosperidad económica. Los principios tan amados en otro tiempo, han dejado su lugar a los intereses comerciales. El dinero y la riqueza son dos de las más importantes metas del hombre actual, en esta sociedad “occidental cristiana”.

Pero Cristo dijo: No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino hacedos tesoros en el cielo ... porque donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro cora-

zón. (Mateo 6:19-21).

Cristo enseñó que los tesoros de la tierra no son seguros, pero aun así vemos que atrapan el corazón.

Todos los hombres procuran acumular riquezas, por si logran disminuir un poco la inseguridad de la vida y el temor del futuro. Piensan que teniendo riquezas podrán tener tranquilidad. Pero el Señor Jesús dijo que la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.

En nuestros días vemos una verdadera locura por mejorar la situación económica. Como si eso fuera el todo del hombre. Y eso que muchos presumen de ser cristianos “observantes”.

Pero Cristo dijo: No podéis servir a Dios y a las riquezas. (Mateo 6:24).

Ambos caminos son incompatibles. Muchos hay que sirven a las riquezas, porque no conocen a Dios. Esto es, hasta cierto punto, comprensible.

Pero también hay muchos que dicen conocer a Dios, y sirven también a las riquezas. *Lo cual no es tan comprensible.*

Sea como fuere, el problema radica en que los que no tienen su tesoro en el cielo, lo intentan hacer aquí abajo. El tesoro de los cristianos es Cristo que está en los cielos, y hacia allá dirigen sus miradas y los más preciados anhelos de su corazón.

Arriba hay un lugar inaccesible para la polilla, para el orín y los ladrones. No hay clave capaz de abrir la caja fuerte que Dios tiene arriba, donde guarda el tesoro de sus amados hijos.

¿Quiere Ud. hacer tesoros en el cielo, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios? (Colosenses 3:1).

Arrepíentase de sus pecados, reciba a Cristo en su corazón, y Él lo transformará todo en su vida, incluso los afectos de su corazón. Entonces tendrá verdadera seguridad.

Como hemos visto, ser cristiano es algo muy diferente a lo que hoy se piensa que es. Usted debe salir del engaño en que está encerrada esta civilización. Usted desde hoy es responsable delante de Dios. La humanidad será juzgada un día ante el divino tribunal, porque está establecido para todos los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio (Hebreos 9:27).

Para ser verdaderamente cristiano usted tiene que ponerse en las manos de Dios para que Él le transforme en una nueva criatura. ¡Acójase pronto a la gracia, a la salvación que Dios le ofrece en Cristo Jesús!

Excusas que suelen darse para no seguir a Cristo ¿Es la suya alguna de éstas?

“Traté una vez, pero no pude ...”

Muchas personas piensan como Ud., que seguir al Señor Jesús consiste en una serie de abstinencias, en obedecer ciertos mandamientos, sin la ayuda de Dios.

Pero no es así.

La vida cristiana consiste en que Cristo vive su vida dentro de nosotros. Si usted en el pasado intentó cumplir con los mandamientos que se le impusieron, sin que usted haya sido conducido a Dios para un nuevo nacimiento, debía fracasar inevitablemente.
¡Y fracasó!

La vida cristiana no consiste en que usted cumpla con una ley.
¡La vida cristiana consiste en que Cristo viva en usted!
Su fracaso anterior era previsible. Pero ahora tiene una nueva oportunidad. Dios desea que usted venga a Él confesando sus pecados y su impotencia. Usted debe ver que en Cristo hay perdón para sus pecados, y capacidad para vivir una vida que agrada a Dios.

La sangre de Jesucristo lo limpia de sus pecados, y la vida poderosa de Jesús le da la victoria para una vida digna de Dios. Cuando usted se acerque a Dios para un cambio radical en su vida, entonces experimentará algo totalmente nuevo.

Se dará cuenta que lo que Dios puso dentro de usted es un recurso todousificante para suplir toda su necesidad.
¡Pruébelo y verá!

“Me costará demasiado ...”

El precio de algo debe ser siempre proporcional al valor de ese algo. Una bicicleta no vale lo que un auto, o una casa. Una bicicleta vale como bicicleta, no más. Pero una casa o un auto no valen lo que vale una vida. Valen como un auto o una casa, no más.

Jesús dijo: “La vida del hombre no consiste en los bienes que posee”. Con eso quiso decir que la vida vale mucho más que los bienes.
¿Cuánto vale su vida?
Su vida vale más que todos los bienes que podría usted llegar a tener. Usted asegura sus bienes contra incendios o robos. Usted valora sus bienes, por eso está dispuesto a pagar para asegurarlos. Pero, ¿qué está haciendo para asegurar su vida?
Usted dice: “Me costará demasiado ...”

¿Sabe usted?
Lo mejor que podría hacer es pagar el precio para asegurar su vida. Y el precio no es alto.
El precio es perder su vida por causa de Cristo para hallarla después. Usted ofrece su vida, la entrega, y Cristo se la devuelve después, con un increíble valor agregado. Usted le entrega algo pasajero (porque su vida aquí en la tierra lo es), pero Cristo le entrega, a cambio, una vida eterna. Entre los hombres, el precio de algo debe ser siempre proporcional al valor de ese algo. Pero aquí, en este asunto, no es así.
Su vida aquí no tiene el valor de la vida eterna allí.
¿Entonces?
El amor de Dios, la gracia de Dios, hace la diferencia. Él suple lo que falta. Su vida aquí (que es tan valiosa para usted) en verdad no vale tanto, porque está llena de pecado, de impotencia, de injusticia. En cambio, la vida eterna allí vale lo que usted nunca podía haber pagado. Su todo aquí no compra un segundo de la vida de allí.

Con todo, es su vida, y es toda su vida, lo que usted debe pagar. Si usted da su todo, (que no es mucho) Dios pone todo el resto. Para que usted haga el mejor negocio de su vida.



Un hombre en Cristo

Hay tres aspectos en los cuales el hombre es presentado en las Escrituras: En primer lugar, "el hombre natural"; en segundo, "un hombre en Cristo"; y en tercer lugar tenemos "el hombre de Dios". En el número anterior revisamos lo que es "el hombre natural". Veamos ahora qué es "un hombre en Cristo".

Es totalmente sabido y siempre recordado, que ningún mejoramiento de nuestra antigua naturaleza es de algún valor para mantenernos ante Dios. Pudiera parecer muy bien, en lo que a esta vida se refiere, que un hombre vaya mejorándose a sí mismo por todos los medios a su alcance: cultivando su mente, desarrollando su memoria, elevando su moral, avanzando en su posición social. Todo esto es, en verdad, tan evidente como para no necesitar ningún argumento más.

Pero aun aceptando en forma completa la verdad de todo esto, queda absolutamente inconvencible la declaración solemne y arrasadora del apóstol inspirado, que *"aquellos que están en la carne no pueden agradar a Dios"*. (Romanos 8:8, Versión Moderna).

Debe haber una posición totalmente nueva y esta posición no puede ser alcanzada por ningún cambio en la antigua naturaleza – ninguna obra, sentimiento, ordenanza religiosa, oraciones, limosnas o sacramentos.

Hagas lo que hagas con tu naturaleza queda la misma naturaleza. Todo lo que es nacido de la carne, carne es, y hagas lo que hagas con la carne no la puedes hacer espíritu. Tiene que haber una nueva vida, una vida fluyendo del hombre nuevo, del postrer Adán —Cristo—, quien ha venido a ser, por resurrección, la Cabeza de una nueva creación.

¿Cómo se puede obtener esta preciosa vida? Escucha la memorable respuesta, escúchala otra vez: *"De cierto, de cierto te digo: El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida"* (Juan 5:24).

Aquí tenemos un total cambio de posición, pasando de muerte a vida. Y todo esto es a través de la fe en el Hijo de Dios, creyendo en el Hijo de Dios no por una mera fe intelectual, sino creyendo con el corazón.

Esto es lo que hace a uno llegar a ser un hombre en Cristo.

Aquí tenemos un cambio total de posición, pasando de muerte a vida; de una posición no vinculada al cielo a una nueva creación con el Hombre resucitado en gloria, a una posición absolutamente desvincu-

lada con el primer hombre, con la antigua creación y con este presente siglo malo, y todo esto es por creer en el Hijo de Dios, creyendo en El de todo corazón.

Todo esto es lo que hace a un hombre en Cristo.

Todo verdadero creyente es un hombre en Cristo. Sea éste convertido ayer o sea un santo anciano de 50 ó 60 años; como cristianos, cada uno de ellos está en la misma posición, están en Cristo. Aquí no puede haber ninguna diferencia. La posición práctica puede diferir inmensamente; el estado positivo es el mismo. En el plano de la naturaleza, nos podemos encontrar con cualquier matiz imaginable, clase, grado y condición; nos podemos encontrar con las más grandes diferencias posibles en inteligencia, experiencia y poder espiritual. Pero todos poseen la misma posición ante Dios: todos están en Cristo.

Posición y estado

El convertido de ayer y el anciano padre en Cristo están en igualdad de condiciones. Cada uno es un hombre en Cristo y no puede haber ningún avance sobre esto. Nosotros a veces oímos de "La vida cristiana superior", pero estrictamente hablando, no hay tal cosa como una alta o baja vida cristiana. De maneara que Cristo es la vida de cada creyente.

Puede ser que los que usan esos términos quieran decir algo correcto. Ellos probablemente se refieren a los niveles superiores de la vida cristiana, un acercamiento más grande a Dios, una mayor semejanza a Cristo, un mayor poder en el Espíritu, más separación del mundo, más total consagración de corazón a Cristo. Pero todas estas cosas corresponden a la pregunta sobre nuestro estado, y no sobre nuestra posición. Esta última es absoluta, establecida e invariable. Es en Cristo, nada menos, nada más. Si no estamos en Cristo estamos en nuestros pecados; pero si estamos en Cristo no podemos estar más altos en cuanto a posición.

Si Ud. busca con nosotros en 1ª Corintios 15:45-48, podrá notar una poderosa enseñanza de este gran fundamento de la verdad. El apóstol habla aquí de dos hombres, *"El primero y el segundo hombre"*, y se ob-

serva que el segundo hombre está conectado con el primero, pero en contraste con él: es uno nuevo, independiente, divino, una fuente celestial de vida en sí mismo. El primer hombre ha sido dejado definitivamente atrás, como una ruina, culpable. Nosotros hablamos de Adán como la cabeza de una raza. Personalmente, Adán fue salvo por gracia, pero si nosotros le miramos desde el punto de vista de ser él un representante de la raza humana, lo vemos abundando en desesperanza.

El primer hombre es irremediablemente una ruina. Esto está probado por el hecho de la existencia del segundo hombre. Porque nosotros decimos de los hombres lo que decimos de los pactos. Si el primero hubiese sido sin defecto, entonces no se hubiese hecho lugar para el segundo; pero el mismo hecho de que un segundo hombre haya sido introducido demuestra que el primer hombre falló. ¿Para qué un segundo, entonces? Si nuestra naturaleza adánica hubiera sido capaz de ser mejorada, entonces no habría habido necesidad de uno nuevo. *"Pero aquellos que están en la carne, no pueden agradar a Dios"*, *"porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación"* (Gálatas 6:15).

Una nueva creación

La realidad de un cristiano muestra un contraste vivo con cualquier forma de religiosidad bajo el sol. Tomemos el judaísmo o cualquier otro "ismo" que exista en el mundo, ¿qué es lo que encontraremos? ¿No es invariablemente algo para mejoramiento o avance del primer hombre?. Pero, ¿qué es el verdadero cristianismo? Es algo enteramente nuevo, del cielo, espiritual, divino; está basado en la cruz de Cristo, en la cual el primer hombre llegó a su fin, donde el pecado fue desechado, donde el viejo hombre fue crucificado y sacado de la lista de Dios para siempre. Es así, entonces, como la cruz cierra la historia del primer hombre. *"Yo estoy crucificado con Cristo"*, dice el apóstol (Gál. 2:20), y dice nuevamente, *"todos lo que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos"* (Gál. 5:24). ¿Es esto solamente palabrería o está basado en la poderosa palabra del Espíritu

Santo?. El verdadero cristianismo comienza con la tumba abierta del Segundo Hombre, para continuar su brillante carrera hacia la gloria eterna. Es, enfáticamente, una nueva creación, en la cual no hay absolutamente nada de las cosas viejas, porque todas son hechas nuevas, todas las cosas son de Dios, y si todas las cosas son de Dios, nada puede haber del hombre.

¡Qué descanso! ¡Qué fuerza! ¡Qué elevación moral! Qué dulce alivio para las pobres almas cargadas que han buscado vanamente por años, encontrar la paz por medio de ellos mismos; qué liberación de la legalidad de la ley, encontrar el precioso secreto de que mi culpabilidad y mi ruina, toda mi decadencia, todas estas cosas que yo he estado tratando, por todos los medios, en mí mismo de mejorar, han sido completamente y para siempre puestas de lado; que Dios no está buscando ningún enmienda en mi naturaleza; que la ha condenado y la ha llevado a la cruz de su Hijo. Qué respuesta hay aquí para el monje, para el asceta, para el ritualista. ¡Oh, si fuera entendido en todo su poder emancipador! Si este cristianismo divino, espiritual, fuera conocido en su poder de vida y de realidad, permitiría al alma salir de sus mil y una formas de corrupción religiosa con la cual se están arruinando millones de almas.

Podemos decir verdaderamente que el esfuerzo más exitoso de Satanás en contra de la verdad del evangelio, en contra del verdadero cristianismo del Nuevo Testamento, se ve en el hecho que guía a la gente inconversa a apropiarse y aplicar ordenanzas de una religión cristiana y profesar muchas de las doctrinas. De esta forma se ciegan sus ojos a su verdadera condición arruinada y culpable, y recibe un duro golpe el puro evangelio de Cristo. La mejor pieza que se pudo haber puesto en las viejas vestiduras de la naturaleza arruinada del hom-

bre es la profesión de un cristianismo vacío. Marcos 2:21 dice: "*Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera, el mismo remiendo nuevo tira de lo viejo, y se hace peor la rotura*".

Escuchemos las palabras de Pablo, el gran maestro y el mejor exponente del verdadero evangelio: "*Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*" (Gál. 2:19-20).



Esto y no otra cosa es el verdadero cristianismo; no el viejo hombre llegando a ser religioso, aunque su religión sea la profesión de las doctrinas y ordenanzas del cristianismo. No; es la muerte y la sepultura del viejo hombre, del viejo yo, y que llega a ser un nuevo hombre en Cristo. Es pasar de la vieja creación a la nueva creación, del viejo estado de

pecado y de muerte, de culpabilidad y condenación, a una nueva creación, a un nuevo estado de vida, de rectitud en un Cristo resucitado y glorificado, la Cabeza de una nueva creación, al último Adán. Esta es la posición inalterable del más débil creyente en Cristo.

El segundo hombre

No hay ninguna, absolutamente ninguna otra posición para ningún cristiano. Yo debo estar en el primer hombre o en el segundo hombre: no hay un tercer hombre, porque el segundo hombre es el último Adán. No hay términos medios. Yo estoy, ya sea en Cristo o estoy en mis pecados; pero si estoy en Cristo, yo soy como Él ante Dios; como Él es, así somos nosotros en este mundo. Él no dice como Él fue, sino como

Él es; es así como el cristiano es visto por Dios, como uno que está en Cristo, como uno con Cristo, el segundo hombre en quien Él se está deleitando. Nosotros no hablamos de su deidad, naturalmente, la cual es incommunicable. El Bendito permaneció en nuestro lugar, llevó nuestros pecados, murió nuestra muerte, pagó nuestra culpabilidad y nos representó en todo aspecto. Tomó todo lo que pertenecía a un hombre natural, fue nuestro sustituto en todo lo que esta palabra significa. Él llevó todo lo nuestro, se levantó de la muerte y ahora es la Cabeza, el que nos representa, la única verdadera definición de los que creen delante de Dios. De esta gloriosa verdad la Escritura tiene un amplio testimonio. El pasaje que recién hemos mencionado en la Epístola a los Gálatas es uno de los más vívidos y poderosos condensados que afirman esta verdad.

En Colosenses 2:20 al versículo 3:3 encontramos nuevamente el profundo significado de la vida cristiana, porque aunque estamos viviendo en el mundo, estamos viviendo en el cielo. ¿Estamos viviendo en el cielo? El verdadero cristiano es uno que ha muerto al mundo pecaminoso presente, y no tiene nada que hacer con él, está por la ley muerto para el pecado, es uno con Cristo para Dios, uno con Cristo en la nueva creación. El cristiano pertenece al cielo, está enrolado como un ciudadano del cielo. Su religión, su política, su moral, todo es del cielo. Un cristiano es un hombre celestial caminando sobre la tierra, cumpliendo todos los deberes propios como padre, como esposo, como hijo, como siervo.

Es cristiano; no es un monje, un asceta ni un ermitaño; él es –volvemos a repetir– "un ciudadano del reino de los cielos", un hombre espiritual, está en el mundo, pero no es del mundo, es un extranjero, su residencia está lejana. Un cristiano está en el cuerpo por el hecho de su condición, pero no está en la carne. El cristiano es un hombre en Cristo.

(C.H.Mackintosh / Condensado)

En nuestro próximo número:

"El hombre de Dios", tercera y última parte de este estudio.

Frutos dignos de arrepentimiento

"En la Edad Media, el amo de una propiedad en Inglaterra yacía en su lecho de muerte. Llamó entonces a un siervo al que sabía cristiano piadoso y le dijo: "Me muero, Jim. No estoy seguro de ir al cielo. ¿Puedes decirme qué debo hacer? El anciano y prudente siervo conocía el orgullo de su amo y dijo: "Señor, si quieres ser salvado, tienes que ir al chiquero, arrodillarte en el fango, y decir: "Dios, ten misericordia de mí, pecador." El amo dijo: "No me es posible hacer eso. ¿Qué dirían los vecinos y los siervos?"

Una semana después volvió a llamar a su siervo, y dijo: "Jim, ¿qué dijiste que tendría que hacer para ser salvo?" El viejo siervo respondió: "Señor, tienes que ir al chiquero." El amo dijo: "He estado pensándolo, Jim, y estoy dispuesto a ir." El siervo entonces dijo: "Señor, no tienes que ir, realmente. Basta con que estés dispuesto."

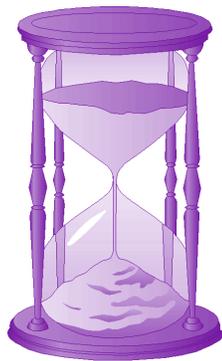
Escarmiento

"Un hombre que vivía cerca de mi hogar iba a comprar una vaca. Era un cristiano y al encontrarse con unos amigos cristianos les informó que iba en camino a comprar una vaca a una población distante un par de kilómetros de donde estaban. Sus amigos cristianos sugirieron que debería decir: "Si es la voluntad de Dios compraré una vaca." A lo que el hombre respondió: "No, yo tengo el dinero en el bolsillo y voy a comprar una vaca."

Pocas horas después, aquel hombre volvió por el mismo camino. Estaba ensangrentado, magullado y con la ropa hecha jirones. Lo habían asaltado los ladrones, al saber que llevaba dinero en el bolsillo. Sus amigos le preguntaron: "¿A dónde vas ahora?" El hombre contestó: "Voy a casa si el Señor lo permite."

(Citadas por Billy Graham)

La breve historia de Ana, la profetisa, es una figura de Israel y también del hombre contemporáneo.



Gloriosa redención

"Estaba también allí, Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Esta presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén." (Luc. 2:36-38).

Este es un cuadro maravilloso en la vida de Jesús.

Por primera vez desde el nacimiento del niño, María se presenta en público. Han transcurrido apenas cuarenta y un días desde que Jesús nació en Belén, y de acuerdo a la ley de Moisés (Lev. 12:1-8), ella debía ofrecer a Dios sacrificios de purificación en el templo de Jerusalén. Entonces se presentó aquella ancianita –Ana– dando gracias a Dios y hablando después del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén.

Sin duda, la palabra que reúne el pensamiento central de estos versos es: "redención"; término que está relacionado con rescate, libertad, librar, pagar, cancelar. En el caso de Ana, especialmente, *redención* de su familia dispersa; *libertad* de la opresión de los enemigos de su nación; *rescate* de la vergüenza de su viudez, soledad y angustia.

Cuando analizamos la vida de Ana, con los pocos –aunque suficientes– antecedentes que nos son proporcionados, podemos profundizar en el real significado de la palabra "redención", y a la vez encontrar que no había persona más apropiada para hablar de ella en ese momento, que esta viejecita.

El evangelista Lucas deja ver varias características que son de mucha utilidad, de las cuales hay tres que sobresalen: 1. Su tribu. 2. Su avanzada edad. 3. Su viudez.

1. DE LA TRIBU DE ASER, SU IDENTIDAD

Aser era una de las diez tribus perdidas de Israel. En el año 721 a.C., el rey de Asiria ocupó Samaria, y deportó a más de 27.000 israelitas de los territorios del norte y de Transjordania. De tal manera ejecutó la deportación que ellos casi perdieron su carácter de israelitas. Con el paso del tiempo, quedaron esparcidos por todo el territorio que lindaba el Mar Mediterráneo, y se mez-

claron con otros pueblos. La unión característica de las familias y tribus judías se perdió. (De eso da cuenta Hechos 2:9-11 y 1ª Pedro 1:1). Los judíos de las diez tribus sufrieron una crisis de identidad que afectó su sentido de pertenencia. Desperdigados y disgregados en tierra extraña, aunque tuvieron como vecinos a israelitas, no necesariamente eran de su misma tribu, y Ana había padecido sus consecuencias.

Crisis de identidad

Uno de los más grandes problemas de las últimas décadas, y quizás de todo el siglo XX, sea la vida solitaria en que viven millones de personas en esta denominada "sociedad modernista". Podemos estar rodeados de mucha gente, e interactuar con ellos, no obstante se siente que hay mucha soledad, y carencia de una verdadera amistad.

Esto provoca en el hombre sentimientos de tristeza y amargura, que en casos extremos puede desencadenar una tragedia. Ahora bien, si eso pasa en el hombre en su ambiente familiar, a nivel natural y humano, ¿cuánto más será en el ámbito espiritual? Si el hombre, que posee espíritu para estar ligado al Dios que es Espíritu, permanece separado de Él, ¿cuál será el sentimiento interior de alejamiento y soledad frustrante al estar lejos de su Creador?

Cuando una persona no tiene a Dios por Padre, ni a Jesucristo como su hermano mayor y amigo, ni al Espíritu Santo como su Consolador, inevitablemente está destinada a vivir una especie de "pérdida de identidad". Es por eso que se han levantado grandes voces en la historia diciendo: "¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Para dónde voy?". Es el grito de un hombre perdido, confundido, que no sabe quién es, de uno que ha perdido su verdadera identidad.

¿Por qué luchan todos los hombres? ¿Por qué cada día se levantan para realizar su quehacer cotidiano? ¡Ah, ya sabemos...!

se nos dirá: para mejorar nuestra situación económica, para alcanzar las metas propuestas, para ser felices, etc. Miles de explicaciones. Pero cabe preguntar: Una vez alcanzadas las metas y habiendo superado todas las barreras, ¿se habrá quitado aquel sentido de soledad y pérdida de identidad? Creemos que no, porque es permanente, y no tiene cura hasta que se encuentra con Dios.

El único que puede ofrecer y sustentar para siempre una relación de verdadera compañía, paternidad, protección, amistad y amor, es Dios, el Padre. Pues Él nos ama entrañablemente, al extremo que dio a su Hijo por todos nosotros llevándolo hasta la muerte y muerte de cruz.

En realidad, si hay alguien que ama, ese es Dios. Cuando una persona conoce a Dios y pasa a ser su hijo, el sentido de "pérdida de identidad" se esfuma. Cuando uno conoce a Dios como Padre, entonces se acallan las voces de confusión y comienzan a fluir cánticos de alegría y regocijo verdadero, porque se ha producido el milagro del encuentro del hombre con su Creador.

¿Por qué se regocijó tanto Ana la profetisa al ver a Jesús? Porque en Él, Dios se ha dado a conocer a los hombres. Jesús es la imagen del Dios invisible, y al recibirle en el corazón se establece la comunión con Dios. Ana conoció en el templo que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios, el redentor del mundo; por eso no dejaba de hablar del Niño y de la redención. ¿Qué debemos hacer? Abrirle la puerta del corazón a Cristo Jesús.

2. SU AVANZADA EDAD, LA HISTORIA DE ISRAEL

Ana tenía 84 años de viudez, y había vivido 7 años con su marido, lo que suma 91 años. La edad para casarse en esos tiempos era entre 12 y 17; en suma, tenía entre 103 y 108 años de edad. Con esa cantidad de años encima sabía perfectamente toda la historia

de Israel. Le había tocado vivir una parte importante de ella, como el período de la toma del poder por el imperio romano, por ejemplo. Los judíos como pueblo hacía ya unos 700 y más años que estaban viviendo desdichas, por cierto a causa de sus propios pecados.

Primero vinieron los asirios. Luego en el año 605, 597 y 586 a.C. los babilonios hicieron estragos en ellos al atacar Judá, destruyendo incluso el templo y la ciudad de Jerusalén. Llevaron gran cantidad de cautivos a tierra extraña, al oriente, donde los israelitas no podían elevar canción a su Dios. Al cabo de 70 años se les permitió regresar a Jerusalén. Muchos de ellos volvieron, y con temor levantaron las murallas de la ciudad y restauraron el templo.

Pero no vinieron tiempos muy buenos, porque los imperios Medo-Persa y Griego tomaron el poder de la región convirtiendo a los hijos de Israel en súbditos nuevamente. Y así siguieron hasta los días de Ana, en que ellos estaban sometidos al poder político de turno: el imperio romano. En realidad, ellos clamaban a viva voz por un redentor.

Es por esta razón que Ana no dejaba de hablar del niño y de la redención. Dios había prometido a través de los profetas, que Israel volvería a ser nación reunida en su tierra y, que los enemigos nunca más la someterían. Se constituiría en Israel un Rey justo, que reinaría sobre todas las naciones del mundo. Él defendería la causa del afligido, daría de comer al necesitado y traería completa paz y justicia, manifestando misericordia y amor para con su pueblo.

Ana vio a Jesús y conoció que éste era aquel varón designado en los profetas para ser el Rey de Israel. ¿Pero qué pasó? Ana murió en la esperanza de ver la realidad cumplida de aquello. Jesús fue crucificado, y el pueblo de Israel, en el año 70 d.C., fue saqueado en su capital Jerusalén por el general romano Tito. Aparentemente no se cumplió lo que estaba predicho, porque Israel nunca más desde el año 721 a. C. y hasta el siglo XX volvió a ser nación.

Pero debemos decir que Dios es fiel y cumple sus promesas. Porque es precisamente ante nuestros ojos que Dios lo está haciendo hoy. En el año 1948, el 12 de mayo, Israel se constituyó en estado soberano. Desde entonces, día tras día vuelven los judíos a su tierra desde diversos países.

¿Que pasará? Es necesario que Jesucristo reine sobre ellos y desde Jerusalén para todas las demás naciones de la tierra. Eso está por suceder muy prontamente.

Cada día vemos con asombro cómo las naciones vecinas de Israel demuestran enemistad con el pueblo judío. Siria, en estas semanas, quiere que se le entregue los altos del Golán. Los Palestinos liderados por Ya-

ser Arafat, presionan en todos los palcos políticos del mundo para que Israel abandone la franja de Gaza y otras zonas. Así se levantarán otras naciones para batallar contra Israel con la intención de echarlos de su territorio. ¿Qué ocurrirá entonces? Se cumplirá la palabra escrita también en los profetas. Israel, acorralado, pedirá auxilio a Dios y Dios los ayudará enviando a Jesús desde los cielos para librarlos de la mano de sus enemigos. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita “vendrá de Sion el libertador que apartará de Jacob la impie-

Dios no olvida a ninguno de los hombres, y Él quiere sacar de encima de nuestros hombros a los enemigos que nos han tenido cautivos.

dad” (Romanos 11:26; Isaías 59:20; Zac. 12:8-9).

Ana tenía toda la razón, Jesús es el Redentor no tan sólo de una persona, sino de una nación entera que pedirá su ayuda. Ahora más que nunca estamos cerca de que todo esto se haga realidad. Lo que los judíos creían posible con el primer advenimiento del Mesías será posible en su segunda venida. ¿Qué queremos? ¡Que se rompan los cielos y aparezca la señal del Hijo del Hombre, y regrese para reinar de mar a mar y con justicia y equidad! (Sal. 72:8; Zac. 9:10).

Es comprensible el inmenso gozo de Ana: ella estaba viendo con sus propios ojos y palpando con sus propias manos al Rey que gobernará a Israel y a toda la tierra.

Al final de la Biblia en Apocalipsis 7:6, Dios corre el telón para que veamos sus propósitos consumados para con la tribu de Aser. Allí se ve la tribu perfectamente reunida, y Dios señalándola como una que permanece en su memoria para bien. Dios no olvida a ninguno de los hombres, y Él quiere sacar de encima de nuestros hombros a los enemigos que nos han tenido cautivos. Llamémosle vicios, pecados, fracasos, vergüenzas, ataduras, angustias, amarguras; sea lo que sea, tenga el nombre que tenga, Dios quiere hacernos completamente libres. ¿Quiere serlo usted?

3. SU VIUDEZ

De acuerdo a los datos entregados, podemos deducir que Ana quedó viuda entre los 20 y los 24 años de edad. Sin embargo, Dios ha hecho provisión para cada una de

las necesidades de la vida. Tocante a la viudez había una provisión en la ley de Moisés: cuando fallecía el esposo, un hermano de él debía casarse con la viuda. Ahora, si no había tal hermano o éste ya estaba casado, entonces debía ocupar su lugar un primo, o un pariente cercano del difunto marido. Todo eso para guardar descendencia de la familia del esposo (Deut. 25:5-6). Pero, en el caso de Ana, parece que no hubo ni lo uno ni lo otro.

Lucas nos dice que cuando Ana vio a Jesús, dio gracias a Dios, y hablaba acerca del niño. ¿Por qué? Porque como profetisa, ella supo que estaba en presencia del Mesías redentor. Su fe se encendió rápidamente, pues veía sus anhelos de compañía que por muchos años deseó, en la realidad de ser cumplidos allí mismo. Como persona, ella nunca más se sentiría sola. Había estado desdichada, sin protección de marido; pero he aquí el Redentor del mundo, aunque era niño aún, causaba gozo y alegría a los desdichados.

Si bien es cierto que cuando alguien contrae matrimonio, pasa a formar una sola carne con su cónyuge, es más cierto aún que cuando una persona se une a Jesús recibiéndole en el corazón, un espíritu es con Él. Es una unidad perfecta. Hacía 84 años que Ana no tenía marido, estaba humanamente sola, pero aquí se encontró con Jesús, quien más tarde dijo: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). En realidad, la compañía de Cristo Jesús en el corazón de los creyentes es algo preciosísimo, es un consuelo eterno y un gozo eterno.

Un marido para una mujer o viceversa, una mujer para un hombre, puede ser una alegría y un gozo permanente, pero no deja de ser terrenal, o sea, dura esta vida y no más. Aunque sea un matrimonio de mucho avenimiento y abundante amor, nunca podrá ser de la talla de la unión de una persona con Cristo. Quien posee a Cristo Jesús, está plenamente consolado y, como dice el salmista, “en la presencia del Señor hay plenitud de gozo y delicias a su diestra para siempre” (Salmo 16:11).

Ana, en su viudez, representa a todo ser humano que vive sin Dios, sumido en dolor y desesperanza. La figura de un marido que todo lo suple puede parecer muy humillante para la soberbia y autosuficiencia humana. Sin embargo, ante Dios nos conviene caer de rodillas, reconociendo nuestra necesidad extrema. ¿Le ocultaremos a Él nuestro fracaso?

Con todo, el Señor espera que nos volvamos a Él, Fuente de agua viva, el eterno Consolador.

Recíbale hoy mismo. Jesús dice: “El que a mí viene, no le echo fuera.”

*¿Qué ocurre con el creyente que ha perdido el sentimiento de la presencia de Dios?

*Una palabra para los caídos, y una solemne advertencia para los que están al borde del precipicio.

La vida del cristiano pareciera ser un remanso de aguas quietas. Sin embargo, no es así. Si bien es cierto que el Señor puso un río dentro del creyente, hay veces en que éste se seca.

Cuando un hombre o una mujer se convierte a Jesucristo, por la maravillosa gracia de Dios, todo su ser experimenta un poderoso milagro. Su vida es transformada, sus pecados son perdonados, y su ser interior – su espíritu – se convierte en un torrente de vida y gozo. Su sequía –es decir, su insatisfacción espiritual– desaparece. El vacío de su alma ha sido llenado.

No obstante, tal como Pedro que, al caminar sobre el mar, se comenzó a hundir, el creyente, que también camina sobre su propio mar tempestuoso, comienza a tambalear en su senda. Entonces, de pronto, el gozo da lugar a la tristeza, la paz a la aflicción, la fe a la incertidumbre, la satisfacción del alma a la más profunda frustración.

El río de Dios se ha secado.

Tan pronto esto ocurre, el hambre reaparece, la sed vuelve a reseca los labios, y la insatisfacción retoma las riendas del alma. Todo resulta mal, y se vuelve al revés, como antes. En el entorno, las personas se vuelven antipáticas y hasta odiosas (tal vez él mismo lo ha sido primero, pero no se da cuenta), los amigos le traicionan (es que él lo hizo antes, pero no se dio cuenta), Dios le ha olvidado (bueno, para ser sinceros, es él que se ha olvidado de Dios), el trabajo se torna intolerable (lo hace todo de mal humor) y el descanso es insípido (cómo no, si está enojado con los niños, con la esposa, con el vecino y con el jefe).

La causa de esto es muy simple, pero aún así, muchos hijos de Dios no son conscientes de ella. El Señor Jesús dijo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba ... de su interior correrán ríos de agua viva” (Jn. 7:37-38). La sed es una necesidad básica. La sed del alma –mejor, del espíritu– lo es aún más. *Esta sed no tiene ninguna posibilidad de ser saciada de otra manera que no sea en Cristo y por el Espíritu de Cristo.*

El creyente que ha perdido el sentimiento de la presencia de Dios, y que se ha olvidado de que Dios es suficiente procurará apagar su sed con un agua que no sacia, y escapar del desierto con paliativos inútiles.

Esta sed se expresa de muchas maneras,



pero todas ellas implican la opresión del espíritu, la asfixia del alma, y aun el dolor de los huesos. Todas marchitan el corazón del creyente, como el sol implacable del verano sobre la tierra árida.

El espíritu emprendedor

En los ambientes escolares y laborales de hoy se rinde tributo a los hombres emprendedores. Virtualmente se venera a los creadores de empresas, los proyectistas de nuevos negocios. El mundo es un gran mercado en el que todos están llamados a participar. “Participar” es, en realidad, “lucrar”. Es la sed devoradora de dinero y de poder. Es el amor a la grandeza, al lujo, al buen vivir. (No negamos que hay hombres de empresas cristianos, que logran sortear –no sin dificultades– los muchos peligros que deben enfrentar sin naufragar en ese mar, pero lo que aquí nos preocupa es la incursión de aquellos que van, a espaldas de Dios, en una carrera frenética, tratando de acallar las voces del Espíritu en su corazón).

Esta enfermedad del libre mercado tiene contaminadas a, prácticamente, todas las naciones hoy en día. Aun las que otrora sostenían principios diferentes.

Muchos cristianos se sienten llamados a tomar parte en este ‘show’. Ellos participan con la secreta esperanza de que podrán doblarle la mano a las crueles “reglas del juego”, y sembrar alguna bondad, algún noble gesto. (Es que detrás de cada paso que se da sin consultar a Dios hay una excusa sufi-

cientemente poderosa como para hacer acallar por algún tiempo sus reclamos). Y se lanzan, al principio, con guante blanco, logrando algún pequeño éxito que tranquiliza su conciencia. Pero bien pronto se sacarán los guantes para usar las mismas armas y argucias que todo el mundo.

Finalmente, caerán como víctimas indefensas en el altar de Mamón –el dios Dinero–, para sacrificarle todos sus suspiros, sus desvelos, sus horas y días más preciados, y sus talentos.

En otros casos, el corazón del creyente se derrama en el altar de la política, que suele vestirse del ropaje de los altos y nobles ideales, del servicio al prójimo, de la generosa abnegación. O bien puede fascinarse con las luces del éxito artístico, en la voz melodiosa, en el llamado de los escenarios, en la televisión o el cine.

No diremos nada de las primeras motivaciones, aquellas que dieron el primer impulso soñador y, tal vez, voluntariamente ingenuo. Sin duda, eran las mejores. Pero sí podemos decir mucho de las segundas y más de las terceras, cuando ya el corazón está embarcado, y los lazos atan tan fuertemente que no dejan opción de volver. A esa altura, o bien el alma fue ya seducida para seguir aparentemente dichosa a un dulce cautiverio, o bien comienza a pagar el precio del dolor y la frustración de la fe que es hostigada y amenazada de extinción.

El consumismo

Otro de los paliativos de la sed espiritual es el consumismo. El alma del cristiano lo apetece todo, su corazón no descansa. Los lugares de paseo ya no son los jardines y los parques junto a su familia: ahora son los ‘malls’ y las grandes tiendas. Día tras día se van acumulando cosas, objetos que van quedando arrumbados, que han satisfecho de manera efímera el hambre de una hora o de un día, y que después se olvidan en un rincón.

El consumismo trae consigo más trabajo. Como las deudas crecen, hay que sumar horas extraordinarias, imuchas horas extraordinarias! ¡Hay que trabajar el equivalente a dos o tres personas para poder sostener la carrera consumista! Las deudas son penosamente amortizadas a costa del pan del reposo y de la paz.

Si por desgracia el creyente tuvo una infancia pobre, entonces le parecerá que el hambre vuelve a llamar a su puerta. El deseo frustrado de ayer servirá de poderosa excusa para no tener ninguno hoy, y, mayormente, para que sus hijos tampoco lo tengan. Esa le parecerá la mejor prueba de una buena paternidad. Entonces se esfuerza por esconder sus temores con toda suerte de provisión; procurará llenar todos sus sueños frustrados de juventud, y ahogar to-

dos los traumas infantiles con juguetes que a su tiempo eran excusables, pero que ahora parecen pequeños monstruos desfigurados. Entretanto, va atosigando a sus hijos con cuanto embeleco cae bajo su vista. Éstos, que tampoco lo hacen mal pidiendo, hallan abierta la puerta para concretar sus más locas fantasías.

El creyente que cae en esa carrera, puede cometer las más grandes torpezas. A su paso, va dejando cardos que después herirán su propio pie, al regresar. Contrae compromisos que no podrá cumplir, se enreda en negocios que más tarde le oprimirán el alma. ¡Cuánto de ese camino deberá desandar después con el desgarramiento del fracaso y el vacío interior! ¡Cuántas deudas contraídas en un momento de insatisfacción hipotecan –cual tenazas– la vida de muchos cristianos!

Un creyente en estado de insatisfacción del alma es peligroso. Después de haber bebido de los torrentes divinos no se contentará con cualquier cosa. Nada podrá emular el dulce frescor de las aguas salutíferas que fluyen

del trono de Dios. Sin embargo, en su necesidad, seguirá buscando en los lugares donde no la encontrará, y donde, en cambio, hallará sólo las amargas aguas de Mara. (Ex.15:22-26).

El creyente en estado de insatisfacción no es capaz de esperar los tiempos que Dios ha dispuesto para cada cosa que legítimamente pueda necesitar: él quiere de inmediato *esa casa*, no importa su costo (de pronto se torna insoportable el arrendador actual), *ese auto* (éste es anticuado), *aqué* vestido (éste está fuera de moda). Para eso estudió, y obtuvo un buen título. Para eso trabaja, gana dinero, para eso se esfuerza.

De pronto, en la cima de la locura, piensa que no hay nada mejor, para saldar su deuda de amor con su esposa y con sus hijos, nada mejor que un descomunal regalo, caro, inútil, pero espectacular, que deje sorprendido a medio mundo ... ¡a tres o cuatro años plazo!

El placer

Hay otro camino tanto o más tenebroso que el anterior. Es lo que podríamos denominar “la espiral del sibarita” (o del “gozador refinado”).

Está a la vuelta de la esquina, esperando. Puede comenzar con la comida, que se transforma, de una común necesidad, en

una fuente de placer. Primero un pequeño exceso, luego un plato más fino, ese de sabor distinto, tan de buen gusto. Tal vez haya que visitar algún restaurante elegante. ¡Son tan burdas las comidas caseras, tan tosco el gusto de las legumbres! *¡La puerta de la cárcel comienza a abrirse para recibir a un nuevo recluso!*

Con la comida viene la bebida: algún buen vino, y más tarde, un licor probado a hurtadillas, esa mezcla dulzona de bebida y alcohol. ¡Total, hay libertad! ¡Nadie me puede juzgar porque Dios me ha hecho libre! ¡Bendita libertad de los hijos de Dios! La bebida va poco a poco abriendo las compuertas al sensualismo, hasta desembocar en una conciencia embotada, en un ejercicio desbocado del alma. Los anhelos del Espíritu son apagados, sus advertencias ya no se oyen, las defensas del alma han caído.

¡La puerta se cierra detrás del iluso creyente!

Pero aún hay más. Está la entretención de la vista que se solaza con lo mucho que hay para ver. La televisión, el “buen cine”. Comenzamos con las películas,

primero aquellas que llevan la etiqueta de “serias” (documentales, aquella basada en la vida real, mejor si se trata de una tragedia, ¿quién no encontraría justificado verla?). Luego, vendrán otras. Al principio, una película con alguna escena fuerte puede incomodar, pero luego, el comprobar que todas las traen, nos convence que es la norma. Todos nos acomodamos a la “norma”, tarde o temprano. Se dice que una rana que se echa sobre un recipiente de agua hirviente, huirá de él (o lo intentará, al menos); pero si se pone una rana en un recipiente cuya agua es lentamente calentada muere sin atinar a escapar. No percibe el cambio mortal de la temperatura. Así nos ocurre también a nosotros. Nos acomodamos a todo.

Además, ieste es el cine de nuestros tiempos! No podemos ser extemporáneos, pertenecemos a una sociedad altamente desarrollada, que ha roto sus tabúes, sus remilgos de provincia. Es la aldea global. En esta gran “aldea”, lo que sale de Hollywood ya lo tenemos aquí ¡Es maravilloso! Vamos a la par con los tiempos y con las naciones desarrolladas.

Con el cine provocativo y sensual se desata el ansia de placer. Entonces, la plácida vida matrimonial parece tan rutinaria, tan disonante con el tráfigo del placer nuevo de

cada día. Una bella figura en la pantalla gigante, (o en la pequeña pero cercana pantalla del televisor) es tan rutilante, que las ajadas figuras de los seres que le rodean parecen pálidas sombras. Pronto, casi sin que él se dé cuenta, llegará la sonrisa cómplice de la compañera de trabajo, o vendrá la propia búsqueda de la amiga de ocasión, el secreto desliz. ¡Cuán dulce es el vino hurtado! *¡La puerta de la cárcel acaba de ser cerrada con siete llaves!*

La triste cosecha

La vida del cristiano ya no está en su mano. Ha vendido su libertad; ya es un esclavo.

Entonces, el amo que ahora tiene le comienza a pasar la cuenta. Antes, cuando quiso atraerlo, le mostró el dulce fruto prohibido, y él lo comió con los ojos cerrados. Ahora debe pagarlo. Comienzan a cobrar vigencia los sabios principios bíblicos, no atendidos antes: “*Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará*”. “*El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción*” (Gál. 6:7-8). “*El ocuparse de la carne es muerte*” (Rom. 8:6).

Entonces los negocios comienzan a tropezar, las inversiones no resultan ser tan rentables, las pequeñas argucias que contravienen una que otra norma legal son descubiertas, los créditos se cierran, la empresa amenaza con caer, y aun cae, y de manera tan estrepitosa, que bien puede dar con el flamante “proyectista de negocios” en la cárcel.

Entonces, el *desbocado sibarita* se siente sobrepasado por el desenfadado recreo, se enferma del estómago (o de algo peor), se llena de deudas, de varios kilos de más, y de una insatisfacción tan grande como la última locura, aquella que rebasó el vaso.

Entonces, el *cristiano sensual*, después de haber hallado “la mujer de su vida” y de haberse separado de su esposa, dejado a sus hijos sin padre, y abandonando todo pudor, cae en los linderos mismos del infierno.

Entonces el *pujante empresario*, el cristiano exitoso, y el sensual catador de placeres sienten que han caído muy bajo. Tanto, que sus propios “amigos” impíos, aun aquellos “ateos” que nunca han tenido el nombre de Jesús en sus labios, le llaman la atención.

Entonces comienzan a mirar hacia atrás, más allá de esta tormenta que se ha desatado, y ven, en recuerdos que son como chispazos, los días en que se sentían limpios, frescos con el rocío del monte de Dios. Los días en que miraban a los ojos a sus hijos, y se reían con las cosas simples, y tenían en Dios su fortaleza.

Ahora ha llegado al día de las algarrobas (Lucas 15:16). El dueño de los puercos le

(Continúa en la página 12)

Laodicea, como Efraín en días del profeta Oseas, presentan similares características.

El síndrome de Laodicea (I)

(Laodicea y Efraín)

Laodicea es la iglesia que recibe la última de las cartas del Señor en Apocalipsis. Estas cartas, en su conjunto, suelen ser interpretadas, al menos, de dos maneras: como representativas de sendos períodos de la historia de la iglesia, y también como mensajes a cualquier iglesia (y aun a creyentes individuales) en un determinado momento de su propia historia.

El primer criterio tiene la siguiente variante: que las últimas cuatro iglesias coexisten en este tiempo, y que permanecerán en pie hasta la venida del Señor Jesús.

Creemos que ambos criterios de interpretación son válidos y útiles. La Palabra de Dios tiene una aplicación múltiple, según el Espíritu la quiera usar.

Reconociendo, entonces, que es válido el criterio histórico, en esta oportunidad veremos de qué manera el mensaje a Laodicea revela el estado, tanto del creyente individual, como de muchas iglesias.

Si nosotros achacásemos el síndrome de Laodicea a personas o asambleas diferentes a las nuestras, caemos en el mismo síndrome, porque estaremos pensando que otros son Laodicea, que otros son ciegos y pobres, y desventurados, etc., y que nosotros no lo somos. Justamente en eso consiste el mal de Laodicea. De manera que lo más sano para el creyente y para las asambleas locales es confrontar a la luz de Dios su propia condición, para huir de tan perniciosos síntomas.

El síndrome de Laodicea

La condición tan triste de Laodicea presenta una sintomatología muy variada, que constituye todo un síndrome. ¿Cuáles son algunos de sus principales rasgos?

Laodicea presenta una disociación entre lo que ella piensa de sí misma y lo que Dios piensa de ella. Entre lo que cree que es, y lo que verdaderamente es.

El ángel de Laodicea dice: “Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad.” En cambio, el Señor le dice: “Tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.” ¡Qué contraste! Lo que Laodicea piensa de sí misma le hace andar tibiamente, y la tibieza es insoportable para el Señor.

La causa de la confusión de Laodicea es su ceguera. En efecto, tal vez ese sea su mayor problema. La ceguera impide que el hombre vea. Y si no ve, presume lo que no es. Este desconocimiento de su real condición es algo dramático, y muchas veces trágico.

El presumir que somos ricos cuando en realidad somos pobres; el presumir que somos bienaventurados cuando en realidad somos desventurados; el presumirnos como iluminados cuando en realidad somos tenebrosos; el presumirnos como ataviados cuando en realidad estamos desnudos, constituye la mayor de las desgracias de un creyente y de una iglesia.

La ceguera de Efraín

Los rasgos de Laodicea no son nuevos en la Escritura: En tiempos del profeta Oseas, Efraín, es decir, el reino del Norte, Israel, lo mostraba. Israel en tiempos de Oseas era Laodicea de los tiempos novotestamentarios.

Oseas dice de Efraín: “Devoraron extraños su fuerza, y él no lo supo; y aun canas le han cubierto, y él no lo supo.” (7:9).

Hay algo que Efraín no sabe. Efraín presume de muchas cosas, pero no conoce su real condición. El piensa que tiene fuerza, pero extraños lo han devorado; piensa que es joven, pero ya le han salido canas.

¿Cuánto hace que no se detiene a mirar al Señor? Sólo en la luz de Él vemos la luz. Los que dejan de mirarle en la hermosura de su santidad, y con un espíritu contrito, no conocerán su real estado.

Como Sansón, que no sabía que ya Dios se había apartado de él y presumía ante los filisteos, para su mal (Jue. 16:20), así también Efraín no sabe que, por haber roto el voto de su nazareato, ahora es un hombre común, que no tiene fuerzas.

Las canas son señal de vejez, de debilitamiento ¿Cómo no darse cuenta de que han comenzado a salir? Es que está como enamorado de sí mismo, y vive en la esfera de su estrecho círculo personal. No se ve a sí mismo de otra manera que como se quiere ver. Es que Efraín hace mucho que no se mira al espejo. Ha olvidado al Señor y su palabra. Como aquél hombre natural que, luego de

mirarse al espejo inadvertidamente “olvida cómo era”, él tampoco “mira atentamente en la perfecta ley” (Stgo. 1:23-25). El no percibe su real estado.

Cuando G. Campbell Morgan comenta el pasaje de Oseas 7:9b (“y aun canas le han cubierto y él no lo supo”), en su libro “El corazón de Dios”, habla acerca de la ‘decadencia inconsciente’, que explica así:

“Con frecuencia no sabemos descubrir por nosotros mismos las señales de decadencia que están patentes a los ojos de los demás, y seguimos en nuestro camino, inconscientes víctimas de una fuerza que se disipa y que llega a estar moral y espiritualmente debilitada, sin saberlo. Estamos ciegos ante las señales que a los ojos de quienes nos miran son evidentes y bien visibles. No hay condición más peligrosa para nuestro bienestar espiritual, que este tipo de decadencia inconsciente.”

Luego cita la desdichada condición del pueblo de Israel tal como se advierte en Malaquías, que a cada argumento de Dios, responde: “¿En qué?”. A ellos les han salido canas en la cabeza, y no se han dado cuenta. No son conscientes del deterioro moral, de la lasitud en los niveles de santidad, de la pérdida de los estándares normales de un hijo de Dios.

Las riquezas

Efraín presenta otro extraordinario parecido con Laodicea. Citamos de nuevo a Oseas: “Efraín dijo: Ciertamente he enriquecido, he hallado riquezas para mí; nadie hallará iniquidad en mí, ni pecado en todos mis trabajos. (Oseas 12:8) Aquí se habla de dos asuntos: de las riquezas, y de la justicia propia.

Efraín dice “*he enriquecido, he hallado riquezas para mí*”, en tanto Laodicea dice: “*Yo soy rico, y me he enriquecido*, y de ninguna cosa tengo necesidad”. Ambos hablan en primera persona, de modo que se ha de entender que las riquezas son producto de su inteligencia o artificio. Efraín dice “he hallado”, lo cual nos sugiere gratuidad en el logro. Laodicea dice: “me he enriquecido”, y nosotros sabemos por las palabras del Señor a continuación que esas ri-

quezas son producto de su esfuerzo. Por eso el Señor le dice: “Yo te aconsejo que **de mí** compres oro refinado en fuego para que seas rico”.

Las riquezas que valen son: a) de Cristo, y b) se compran por su precio.

¿Hay algún cristiano que se considera rico, y que tal riqueza proceda de sí mismo? Si es así, ¿qué precio tuvo que pagar por ella? ¿Cuánto tuvo que invertir para conseguirla? ¿Dónde la consiguió? ¿Cuánto le costó?

Las verdaderas riquezas consisten en oro, pero no cualquier oro, sino el oro refinado en fuego. De donde se deduce claramente que está de por medio la aflicción y el sufrimiento. Está la paciencia en medio de la tribulación.

La justicia propia

Efraín dice: “Nadie hallará iniquidad en mí, ni pecado en todos mis trabajos”. A Laodicea se le dice: “Tú eres un desventurado, miserable ... ciego y desnudo”. Efraín y también Laodicea han asumido una postura de justicia propia, muy contraria a la realidad. Opinan muy bien de sí mismos, pero Dios ve algo muy diferente. ¡Qué tremenda desgracia es para un hijo de Dios pensar bien de sí mismo cuando el Señor está reprobando su actitud y conducta!

La justicia propia no necesariamente es una postura deliberada y consciente. Bien puede haberse introducido furtivamente en el corazón del creyente. En sus comienzos fue pobre, y se sabía pobre. Se humilló delante de Dios y Dios le tuvo lástima y oyó su

clamor, y le concedió riquezas. Luego, se vio engalanado con ricos dones, recibió las alabanzas de todos, y, en su necedad, llegó a pensar que tales dones le habían sido otorgados porque era una clase especial de persona. Y así va surgiendo la justicia propia. Así, una justicia imputada, viene a transformarse en una justicia propia.

Este es el tercer rasgo de Laodicea que nos presenta Efraín. No es nuevo el síndrome, ni está circunscrito a un sector determinado de la cristiandad. Ronda constantemente alrededor de todo hijo de Dios, para inducirle a pensar bien de sí y mal de otros.

Que el Señor nos libre de tan venenosa actitud y presunción. Que, por la gracia de Dios, seamos hallados libres de tal enfermedad.



(Viene de la página 10)

mira con hostilidad. Su frente está cansada; su dignidad pisoteada. Ante sus propios ojos, ya no es mucho lo que valen. Entonces, más de una vez, como un flecha, se cruza por su mente una extraña idea, una solución extrema, que no es ninguna solución, en verdad.

El retorno

Entonces, el *político cristiano*, cansado, vacío hasta más no poder, traicionado y vendido por las sucias reglas del juego; el *artista cristiano*, fracasado en su afán de celebridad; en fin, el otrora *exitoso cristiano* vuelve en sí, y se ve abandonado (no porque lo hayan abandonado, sino porque él abandonó), marginado, seco como yesca, con su alma clamando a gritos desde el infierno en que se encuentra, pidiendo a Dios que le envíe a algún Lázaro con un poco de agua para que moje su lengua.

Entonces, recién comienza a pensar en lo impensable. El retorno ya se asoma como una posibilidad, y deja de parecer humillante, antes bien, se trueca en esperanza, en el dulce gozo del abrazo del Padre, y la tierna acogida de los hermanos. (No hay otro camino que la pérdida del orgullo para ganar el perdón).

El perdón será la primera gota de agua en este vasto desierto.

Desde el fondo de su alma surge, entonces, un grito desgarrador, que es grito de arrepentimiento, de contrición profunda, y de auxilio. Es un grito dirigido a Dios y también a los hombres de Dios para que acojan su alma cansada, y le provean con el ungüento del perdón.

Un día nuevo hay más allá, un horizonte

más amplio. Por entre las nubes se avizora un hermoso paisaje. Pero no vendrá sin nubes de tormenta todavía. Aun caerán los rayos del justo juicio de Dios sobre el pecado largamente acariciado. Vendrá aun la cosecha de muerte, el amargo fruto del desvarío: la deuda que tomará años en pagarse, el hijo no esperado que acusará con su mirada limpia a un padre impuro, una causa con su nombre en algún juzgado, algún creyente desalentado, un hijo rebelde, una hija prematuramente embarazada.

Pero ahora comenzará de nuevo a andar por la fe: hallado el gozo, comenzará a gustarlo de nuevo. Encontrará dulce el perdón, hermosa la hermandad, fácil y ligera la cruz de Cristo. ¡Oh bendita gracia de Dios!

Dos preguntas

Pero hay un par de preguntas que no podemos soslayar:

La primera: ¿Cuál fue la causa de su gran caída? ¿Cuál fue la causa inicial de sus torpezas en cadena?

¡La respuesta a esta pregunta tiene mucho de extraño y espantoso!

Y es que sus caídas tuvieron, no una gran causa claramente definible, no una excusa fácil de ver a la luz del día. No fue un gran torpedo que echó a pique su vida. Fue simplemente un pequeño desliz, una pequeña falta de dependencia, un pequeño llamado del Espíritu que no se quiso oír a tiempo, una ocasión en que no se tuvo suficiente diligencia para doblar las rodillas.

Tal vez todo comenzó con un desgano para congregarse, con una diferencia de opinión con un hermano, con una oración que no se hizo, con un llamado de auxilio que se apagó en la garganta.

Tal vez, la causa pudo ser un secreto de-seo impuro, una escondida mirada, un pecadillo que quedó sin juzgar.

¡Muy poco, en verdad, para tan gran descalabro y tan tristes consecuencias!

La segunda: ¿Era necesario? Suponiendo que todo sirvió, --aun lo peor que voluntaria o involuntariamente hizo-- suponiendo que todo ayudó a producir el fruto apacible de justicia, un carácter más tierno y misericordioso. ¿Era necesario ese trágico paseo por el mortal infierno?

¿No había otra forma menos dolorosa de aprender la lección? La lección era necesaria, sin duda. Pero la forma, ¿tenía que ser así de ruda? Dios no necesita llevarnos al infierno para mostrarnos que quedamos. Él dice que quemar y eso debiera bastarnos.

Todavía habrá, sin duda, muchos que deberán pasar por su propio infierno, para que puedan conocer la cruda realidad de aquél otro infierno, el verdadero y terrible. Pero usted no tiene por qué ser uno de ellos.

Antes que el río se seque en su interior --o mejor-- cuando su caudal empiece a menguar, vuélvase a la Fuente. Vea qué diques ha puesto usted para dejar de recibir sus abundantes aguas, y quítelos. El río de Dios no cesa de fluir, y Dios mismo ha dispuesto que ese río pase por su corazón. No ponga compuertas, déjelo que siga corriendo: es suficientemente abundante para que se saque usted y aquellos que están a su lado.

No se conforme con menos.

Usted es un hijo de Dios.

Necesidad del Espíritu Santo



I. POSICIÓN Y ESTADO.

Según la más ortodoxa doctrina – que también es una preciosa revelación – nosotros los hijos de Dios tenemos una posición gloriosa: estamos en Cristo.

Estar en Cristo (ver artículo “Un hombre en Cristo”, pág. 5) es algo infinitamente superior a toda posición en que pueda hallarse el hombre en esta tierra.

Estar en Cristo es gozar de la bienaventuranza del Padre, según la cual un hombre ha sido librado de la condenación porque ya es salvo; ha dejado el mundo porque ya es de Dios; sus pecados han sido perdonados, pertenece a una nueva creación; tiene un nuevo origen, tiene una nueva herencia y un nuevo y glorioso destino.

Estar en Cristo es tener la vida eterna, increada, dentro del corazón. Es haber recibido gratuitamente un legado incorruptible. Es tener no sólo lo que es de Cristo, sino tener a Cristo mismo.

Estar en Cristo es mejor que estar en el pináculo de la gloria humana, o en la cima de la riqueza. Nuestra posición en Cristo es invaluable. Jamás despreciemos esta herencia, porque es la adquisición de Cristo en el Calvario, por medio de su sangre preciosa, para nuestro bien y salvación.

Sin embargo, un cristiano ha de tener en cuenta –si quiere caminar hoy rectamente delante de Dios– no sólo su *posición*, sino también su *estado*.

La verdad posicional, siendo un firme y seguro fundamento de nuestra fe, no desmerece ni invalida la verdad en cuanto a nuestro *estado*, necesario complemento de aquélla.

La verdad acerca de nuestra *posición* en Cristo es una verdad objetiva, porque es externa al creyente: se establece sobre la base de la obra consumada de Cristo Jesús en la cruz del Calvario. Nadie puede añadirle ni quitarle: es absolutamente suficiente. En este sentido, la verdad posicional es única e inmutable, como lo es también la posición de todos los hijos de Dios, no importando su condición particular.

Otra cosa distinta ocurre con nuestro

* Las amplias y preciosas verdades de Dios pueden desvirtuarse en el corazón del hombre, y pasar a ser meras doctrinas si el Espíritu de Dios no las vivifica y aplica al corazón del creyente.

* Si el Espíritu de Dios no tiene libertad para obrar, el cristiano puede morir espiritualmente, no importa si está rodeado de las más grandes y rectas verdades bíblicas.

estado delante de Dios. El estado del creyente es subjetivo, particular y único. Cada uno tiene un diferente estado delante de Dios, es decir, un diferente grado de consagración, de obediencia, una diferente medida de fructificación.

Nuestra *posición* en Cristo asegura que somos hijos de Dios, pero no asegura que, de hecho, seamos hijos fieles. Nuestra *posición* garantiza plenamente nuestra salvación, pero no garantiza necesariamente que vayamos a recibir la aprobación de Cristo en su augustísimo Tribunal. Según nuestra *posición* tenemos vida eterna, pero según nuestro caminar subjetivo podemos acceder al reino de Dios, o bien quedar excluidos de él.

Los hijos de Dios tenemos que conocer también cuál es nuestro *estado* presente, nuestro caminar subjetivo, si agrada a Dios o no.

Preocuparnos sólo de nuestra *posición* y no de nuestro *estado* es riesgoso. Asimismo, ocuparnos sólo de nuestro *estado*, sin conocer nuestra *posición*, es una pérdida lamentable.

Si nos preocupamos sólo de nuestra *posición*, podemos sumirnos en la tibieza, en el relajo y la presunción; podemos llegar a pensar que lo tenemos todo, y no sólo eso, sino que también que lo sabemos todo, y que no necesitamos nada.

Y así, puede ocurrir algo verdaderamente lamentable: que teniendo a Dios, lleguemos a perderle, que teniendo a Cristo, lleguemos a excluirle de nuestro corazón. Porque Dios habita con el humilde de espíritu, y con el que tiembla a su palabra. (Isaías 57:15; 66:2).

Creando que somos redimidos, podemos caer descuidadamente en la apostasía.

Creando la verdad tocante a nuestra santidad perfecta en Cristo, podemos vivir cayendo en pecados morales.

Creando que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, podemos llenarnos de juicio y aun de odio hacia los hermanos.

Creando objetivamente que no somos de abajo, sino de arriba (y que estamos sentados en lugares celestiales) podemos vivir afanados en la tierra, amontonando tesoros vanos.

Creando objetivamente que hemos sido justificados (es decir, hechos justos), podemos actuar como injustos.

¿No es todo esto una desgracia? ¿No es todo esto una ceguera y una vana presunción?

Aún más, el conocimiento mental y doctrinal de las verdades tocantes a la *posición* del creyente pueden llevarle a un manejo tan hábil de las Escrituras, que bien pueden tornarle absolutamente insensible e ignorante respecto de su real *estado* delante de Dios.

Esta es la situación de Laodicea. Ella dice ser algo, pero el juicio del Señor sobre ella deja en claro que su situación es muy diferente.

Tal vez lo más delicado de este desafortunado énfasis, es que se pueda profesar sin Cristo y sin el Espíritu Santo. Pasa a ser

simplemente un asunto de conocimiento doctrinal, para lo cual no es necesario el Espíritu.

Atender sólo la verdad respecto de la

posición y no del *estado*, nos vuelve insensibles a la voz del Espíritu, con la lamentable consecuencia que resbalamos en el Camino sin darnos cuenta de ello.

¡Si no damos lugar al Espíritu para que examine nuestra *condición presente*, no sabemos en qué pie estamos! Pensaremos que estamos ‘regados’, sin darnos cuenta que estamos ‘secos’.

Esto es lo que significa deslizarse

Preocuparnos sólo de nuestra posición y no de nuestro estado es riesgoso. Asimismo, ocuparnos sólo de nuestro estado, sin conocer nuestra posición, es una pérdida lamentable.

(Hebreos 2:1). Pensaremos que dos o tres verdades de la Escritura son el todo de Dios, y funcionaremos ciegamente en torno a ellas, descuidando “lo más importante de la ley”.

Si no tenemos el auxilio permanente del Espíritu, de sus amonestaciones; si hemos perdido la capacidad de oírle, entonces nuestro *estado* es de desgracia suma. Dios no podrá obtener provecho de nosotros y no podremos hacer su obra.

Conocer nuestra *posición* y no nuestro *estado* es quedar a medio camino. Es tener la base de nuestro caminar (el mapa) y no hacerlo. Es como saber leer y no leer nunca; es tener la teoría sin saber cómo proceder en la práctica. Es tener un doctorado en “religión” (doctrina, letra muerta), sin ser capaz de sentir el dolor ajeno a nuestro alrededor.

Es tener conocimiento sin espíritu. Y el conocimiento sin espíritu nos vuelve tiesos, indóciles para Dios.

¡Dios nos libre de esta desgracia! ¡Que Dios tenga misericordia de nosotros!

II. VERDADES OBJETIVAS Y VERDADES SUBJETIVAS.

La Biblia es un libro maravilloso. Allí encontramos cómo Dios piensa, cómo siente y cómo actúa. ¿No es un privilegio grande conocer a Dios así?

Sus páginas están llenas de preciosas verdades, eternas, inmutables verdades. Por ellas no pasa el tiempo. “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”, dijo el Señor (Mateo 24:35).

Estas son verdades objetivas, independientes y externas al sujeto.

Sin embargo, esas verdades tan grandes pueden no encontrar eco espiritual en el corazón del hombre, sino sólo un asentimiento mental, un conocimiento doctrinal. Cuando esto ocurre, no tienen la capacidad de vivificar.

Una persona puede repetir toda su vida el “Credo de los apóstoles” —que contiene hermosas verdades tocante a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo— sin que esas verdades produzcan necesari-

amente en su corazón un cambio de naturaleza. Seguirá estando lejos de Dios aunque tenga el nombre de Dios en sus labios todos los días de su vida. Nada eterno se producirá en su espíritu, estará para siem-

pre destituido de la gloria de Dios.

Muchas verdades puede haber en la mente de un hombre, pero si no están en su corazón, no tendrán ningún efecto espiritual.

Las verdades objetivas tienen que meterse dentro del corazón del hombre. ¿Cómo puede ser hecho esto?

Esto sólo lo puede hacer el Espíritu de Dios.

Veamos un ejemplo: 1ª Corintios 1:30 es un breve versículo pero que contiene algunas verdades trascendentes: “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.”

Aquí se dice que el Padre nos puso en Cristo. Este es un hecho eterno, anterior a la creación del mundo (ver Efesios 1). También se nos dice que Cristo ha venido a ser cuatro virtudes gloriosas para nosotros. Antes éramos necios, ahora Cristo es nuestra sabiduría. Antes éramos injustos, ahora Cristo es nuestra justicia. Antes éramos inmundos, y comunes, ahora Cristo es nuestra santificación. Antes estábamos perdidos, muertos en delitos y pecados, ahora Cristo es nuestra redención.

¡Maravillosas verdades! Creerlas es una bienaventuranza muy grande. Es tener el cielo abierto para nosotros, con todos sus tesoros insondables. Todo ello, en Cristo y por Cristo.

Ahora bien, pudiera darse el caso que tales verdades no hayan llegado a ser una verdad revelada, sino sólo una verdad comprendida mentalmente, y aun aceptada a ese nivel. ¿Qué ocurre entonces? En tal caso, tal verdad es una doctrina, pero no es vida. Es una sombra sin sustancia.

Un hombre puede llegar a tener muchísimas verdades de este tipo en su mente. Puede tener un repertorio de verdades doctrinales perfectamente ordenado, clasificadas por categorías, por clases y subclases, y darle una estructura muy racional, de tal manera que todo sea perfectamente comprensible. Sin embargo, a nivel del Espíritu no hay nada.

Si ese repertorio se transforma en un sistema doctrinal, entonces puede llenar el corazón de ese hombre de una

vanidad muy grande. ¡Por fin tiene el consejo de Dios asimilado y metido dentro de su sistema! Es como si la mente de Dios se hubiera reducido a su tamaño, y Dios pensase a través de su pequeña mente.

Hay verdades eternas, gloriosas que han pasado a ser verdades fosilizadas en muchos hijos de Dios; verdades maravillosas, capaces de transformar vidas, y revolucionar el mundo entero, pero que simplemente son letra muerta. Es sólo conocimiento que envanece.

En tal caso, ese conocimiento es inútil contra los apetitos de la carne. Sólo la verdad vivificada por el Espíritu y aplicada al corazón del creyente tiene la fuerza para producir un cambio de naturaleza, de vida, de actitudes, de conducta.

Es sólo el Espíritu de Dios quien puede corregir esa distorsión. El Espíritu Santo fue enviado para cumplir una misión fundamental. Estamos en la dispensación del Espíritu, y si no le dejamos actuar, estamos perdidos.

Si los fariseos y escribas fueron hallados faltos porque se llenaron de la letra de la ley, olvidando su espíritu —en plena dispensación de la Ley— ¿cuánto más en este día será motivo de pérdida el sumirnos en la mera doctrina, en la “letra de la gracia”?

Es el Espíritu y sólo el Espíritu quien nos puede socorrer para ser librados de esa caída.

El amor es el indicador perfecto

Cuando el corazón está vacío del Espíritu — aunque la mente esté atiborrada de grandes verdades — está vacío de amor y de piedad. Los demás no son ya prójimos y hermanos a los cuales amar, sino ignorantes, falsos y herejes a los cuales apartar y condenar.

El amor debe ocupar un lugar central entre todas las virtudes del cristiano. Aun la verdad ha de sostenerse en amor. Efesios 4:15 dice: “Siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo ...”.

¿Cómo saber si nos estamos deslizando hacia el enciclopedismo doctrinal, y descuidando lo más importante de esta Vida? El amor tiene que hablarnos. Cuando el Espíritu está apagado y contristado, el amor desaparece, porque el primero de los frutos del Espíritu es el amor.

Cuando el Espíritu está contristado y el amor desaparece, las verdades escriturales adquieren tanta fuerza, que dejaremos fuera de nuestros débiles afectos a todo aquel que no entienda esas verdades como nosotros. ¡Qué pérdida hay en todo este asunto!

¡Pero tenemos oportunidad de volvernos a Dios! ¡El Espíritu está dispuesto a hacer su obra, si nosotros se lo permitimos!

¡Que el Señor nos conceda la abundancia de su Espíritu para escapar de las secas y áridas cuestas de la letra muerta, hacia la abundancia de las fuentes de agua viva, siempre fluyentes y refrescantes!



LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Los símiles con los que el Espíritu Santo es representado en las Escrituras nos dan una enseñanza acerca de su preciosa obra hoy en los creyentes.

El Espíritu Santo es Dios. El Espíritu Santo es, por lo tanto, una Persona con todos los atributos de tal. Es decir, piensa, siente, decide.

Sin embargo, Dios se pone más al alcance de nosotros, para que podamos así conocerle mejor. En este acercamiento a nuestra finitud y limitación, Dios ha querido representarse a sí mismo de manera clara y concreta. Y para ello, ha usado elementos cotidianos, cercanos a nosotros. Así como el Señor Jesús se nos representa en el pan y la copa, el Espíritu también se nos revela, en su precioso ministerio hoy en los creyentes, con algunos símiles que veremos a continuación. Veamos cuán lleno de significado es cada uno de ellos.

SELLO

El Espíritu Santo es el sello puesto en nuestro corazón, que asegura que somos posesión de Dios. (Efesios 1:13-14). A la manera de una marca indeleble, el Espíritu Santo señala que nuestro corazón le pertenece a Dios, no importando nuestra condición anterior, ni nuestra condición presente. El sello de Dios asegura nuestro corazón. Ninguno que ha sido sellado por Dios podrá perderse.

Este sello indica, por tanto, la idea de *propiedad* (de Dios), y de *seguridad* de nuestra posición delante de Dios.

FUEGO

Cuando Juan el Bautista anunció el ministerio del Señor Jesús dijo, entre otras cosas, que Él bautizaría en Espíritu Santo y fuego (Mateo 3:11). Esto se cumplió parcialmente en Pentecostés, cuando vino el Espíritu sobre los apóstoles y lenguas de fuego se aparecieron sobre cada uno de ellos (Hechos 2:3), y se ha seguido cumpliendo hasta nuestros días.

¿Qué significa que el Espíritu Santo sea fuego? El fuego purifica. Los metales nobles (y el creyente es precisamente eso) son purificados cuando son puestos en el crisol al fuego, y quedan así limpios de la escoria. El Espíritu Santo nos hace pasar por pruebas, tribulaciones y situaciones altamente difíciles para ser purificados de motivaciones impuras y de mezclas extrañas.

¿Qué más significa? El fuego también es el denuedo del creyente lleno del Espíritu. El fervor y arrojío de los apóstoles luego de

Pentecostés es el ejemplo. Pese a las tribulaciones y amenazas, ellos predicaban la Palabra, la cual era confirmada con señales y prodigios de parte de Dios.

En este sentido es como debe entenderse la exhortación de Pablo a Timoteo: “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos.” (2ª Tim. 1:6). Timoteo había recibido el Espíritu por la imposición de las manos de Pablo, pero él debía avivarlo.

El fuego de Dios puede ser *avivado* como también puede ser *apagado*. En la 1ª epístola de Pablo a los Tesalonicenses dice: “No apaguéis al Espíritu”. (5:19). Esta expresión nos sugiere claramente la idea de fuego.

Tanto la exhortación en positivo a Timoteo como ésta en negativo a los tesalonicenses indica claramente que este asunto de apagar o avivar el fuego del Espíritu depende exclusivamente del creyente y no de Dios.

¿Cómo se puede apagar y cómo se aviva? El creyente debe saber que todo lo que está asociado al mundo, como también todo pecado, apaga el Espíritu. La incredulidad es un gran pecado, responsable de otros muchos, por tanto, es causal de apagar al Espíritu. Por otro lado, todo aquello que pone al creyente en contacto íntimo con Dios, sea la oración, la lectura o el oír la Palabra de Dios, la comunión con otros creyentes, enciende el fuego del Espíritu. ¡Que nos libre el Señor de proceder en contra del Espíritu y tenerlo apagado dentro de nosotros!

El profeta Jeremías reconocía tener “como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude.” (Jer. 20:9). Este fuego del profeta le libró de la apostasía. Él trató de zafarse de la encomienda que Dios le había dado, pero teniendo a Dios mismo – el Espíritu de Dios – metido en sus huesos fue librado de ello. ¡Oh, que muchos Jeremías se levanten hoy en medio de la apostasía que vivimos para que nadie renuncie a su llamamiento, ni reniegue de su fe, sino, antes bien, sean valerosos portavoces del testimonio de Dios!

VIENTO

Poco después de la resurrección, el Se-

ñor, estando con los discípulos, sopló sobre ellos, y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”. El soplo de Dios. El mismo soplo de Dios que fue vida en la nariz de Adán (Gén. 2:7), fue aquí, para los apóstoles el Espíritu Santo. Allí en el Edén fue vida para el alma; aquí fue vida para el espíritu. Este es el soplo del cual el Señor Jesús habló a Nicodemo con estas preciosas palabras: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.” (Juan 3:8). Soberano. Misterioso. Así es el Espíritu en su actuar.

Este viento vivificador – el Espíritu Santo – puede ser un viento recio o bien una suave y delicada brisa.

En Pentecostés fue un “viento recio” que llenó toda la casa donde estaban sentados. (Hech. 2:2). El viento recio es como el viento *puelche* que sopla en algunos lugares al sur de Chile. Su soplo es tan potente que se lleva las basuras arrojadas en las calles, barre el polvo y la arena, y todo aquello que no está suficiente firme. Aun las nubes en el cielo desaparecen llevadas lejos por el impetuoso viento, dejando el cielo diáfano. El Espíritu Santo también hace una obra de limpieza así. Todo aquello que no está sujeto a Cristo es llevado lejos. Toda basura es quitada, toda impureza es barrida. ¡Qué sanador es para el alma del creyente esta obra del Espíritu Santo!

Pero también el Espíritu es como la brisa, y entonces viene a aquietar nuestro espíritu con un silbo suave y apacible, tal como ocurrió con Elías en aquella cueva del monte Horeb. Su espíritu estaba agitado, su alma turbada. El celo de su corazón se había encendido sobre el monte Carmelo, y ahora descendía al valle del temor. Entonces Dios hace pasar delante de él un poderoso viento que rompía los montes y quebraba las peñas; luego un terremoto y un fuego, pero Dios no estaba ni en el viento, ni en el terremoto ni en el fuego. Dios vino, en cambio, como un silbo apacible y delicado. (1 Reyes 19:11-13). El viento apacible y delicado nos refresca en el día de la agitación y el calor. Acaricia tenuemente nuestro rostro, y oxigena nuestros pulmones. ¡Qué maravilloso es el Espíritu de Dios!

El Espíritu conoce lo que más conviene a nuestra alma, y así, según sea el caso, vendrá a nosotros para auxiliarnos.

En Ezequiel 37 encontramos una hermosa alegoría acerca del Espíritu. Allí se muestra cómo, a la palabra de Ezequiel, hubo un ruido, y luego un temblor, y los huesos secos diseminados por el valle se juntaron cada hueso con su hueso. Luego, hubo tendones, más tarde subió sobre ellos carne, y después piel. “Pero –aclara– no había en ellos espíritu.”

Entonces, al profetizar Ezequiel “entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies.”

Sin el espíritu había sólo huesos, tendones, carne y piel, es decir, había cadáveres, pero no había hombres. Así ocurre también en muchos ambientes cristianos. Hay todo lo que usted pida en cuanto a expresiones de la naturaleza adánica, pero no hay mucho de la nueva creación. Todo lo que no es del espíritu, es de la carne. “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” (Juan 3:6). “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.” (Juan 6:63). Mucho se ha pecado contra el Espíritu, menospreciando su obra, olvidándole e ignorándole. ¡Que el Señor derribe nuestra suficiencia para que tengamos al Espíritu de Dios actuando libremente!

AGUA

Nadie conoce el verdadero valor del agua hasta que la sed le ha hecho doler el alma.

Israel en el desierto sufrió la sed así. Entonces Dios le hace brotar agua de la Roca. Ved ahí un verdadero espectáculo en medio del desierto: De una roca aparentemente igual a todas, fluyen ríos de aguas, abundantes ríos, capaces de saciar a una multitud de millones de personas. Pablo nos dice que esa Roca era Cristo (1ª Corintios 10:4).

Cristo es la Roca de la cual manan las aguas vivas. Junto al pozo de Jacob, Él dio de beber a la mujer samaritana, y el agua que él le dio se transformó en una fuente que saltó para vida eterna (Juan 4:14). Dondequiera que Él iba, daba de beber de esa agua a la gente. Hoy también es así. Cristo nos ha dado el Espíritu Santo, y no lo ha dado por medida, para que lo disfrutemos en abundancia.

En aquel último y gran día de la fiesta en Jerusalén, el Señor Jesús alzó la voz y dijo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí ... de su interior correrán ríos de agua viva.” Y Juan agrega: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.” (Juan 7:37-39). Estos ríos fueron derramados en Pentecostés y aún siguen fluyendo en los que creen en el Hijo de Dios.

Las aguas vivas son diferentes del agua de un pantano, o de un pozo. Una agua estancada no tiene vida, no es limpia. Se amontonan las impurezas y se va formando sobre ella, y en su fondo, una costra de muerte. Las aguas del Espíritu son vivas, es decir, fluyentes, frescas y puras como las de un manantial.

El agua del Espíritu regenera. En este pasaje de Juan 7 está claramente establecido cómo se recibe esta agua viva. Es preciso tener sed, luego, es preciso creer en Jesús. Entonces, se recibe esta agua con tal abundancia, que corren ríos de agua viva por el interior del creyente.

El agua del Espíritu limpia. El corazón del creyente necesita permanentemente la acción del Espíritu para ser limpiado de contaminación, y del polvo de la tierra. Es como la necesidad de lavarse los pies. Debe hacerse diariamente, para limpieza y frescor.

El agua del Espíritu vivifica. Un terreno castigado por la sequía se endurece, y no puede brotar en él el preciado fruto. Pero cuando viene la lluvia, el terreno se reblandece, y se vuelve acogedor para la semilla. Puede recibirla en su seno y hacerla brotar con abundante fruto. El corazón del hombre es un terreno seco y árido cuando no fluyen por él los ríos del Espíritu. Y aquí nos referimos a los corazones de los creyentes. En sus duros pliegues no hay vida. Su duro cascarón es como una piedra sobre la cual no puede brotar ninguna planta.

En Ezequiel 47 está la alegoría de las aguas salutíferas. Es necesario no sólo mojarse hasta los tobillos, o hasta las rodillas o los lomos. En ese río tan abundante es preciso sumergirse enteramente y nadar, con la dichosa bendición de que “vivirá todo lo que entrare en este río.” (v.9).

ACEITE

El aceite es usado en las Escrituras para ungir, para dar luz y para sanar, fundamentalmente.

El aceite de la santa unción era confeccionado de especias escogidas. Su fórmula era secreta, y nadie podía usarlo para fines profanos. Con ese aceite se ungió los utensilios del tabernáculo y a los sacerdotes que ministraban allí. Si se ungió a alguien extraño, éste moría inmediatamente.

El aceite aquí descrito alude al Espíritu Santo. La unción de Dios recaía sólo sobre los sacerdotes, los que ministraban delante de Dios. Así ocurre también hoy. Sólo los hijos de Dios – sacerdotes en el Nuevo Pacto – tienen esta unción, y su presencia sobre ellos los distingue y los honra.

Pero también el aceite era usado para el candelabro y las lámparas. ¿Su función? Iluminar la casa de Dios. Sin el aceite no hay luz. Sin el Espíritu tampoco hay luz. La

iglesia puede transformarse en un lugar oscuro, donde no se descubren las impurezas, si es que el Espíritu Santo no está iluminando el corazón.

Las vírgenes insensatas tuvieron un problema con el aceite. Ellas tenían aceite apenas para sus lámparas. No tenían más aceite que el que estaba alimentando su pequeña luz. Pero en el momento decisivo, les faltó, y quedaron a oscuras, por lo cual, ellas no pudieron salir al encuentro del esposo. Sabemos que esta parábola es para el tiempo del fin. ¿Cuál es nuestra condición hoy?

Isaías 1:6 dice: “Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.” Con estas palabras, el profeta hace un diagnóstico de la realidad de Israel en sus días. Ellos están llenos de heridas y llagas, están totalmente enfermos. No ha habido aceite para curar las enfermedades de su piel. ¡Qué desolador panorama!

En la iglesia de Dios, cuando el Espíritu no puede obrar como aceite, las heridas abundan. El ungüento sanador no ha sido derramado sobre las purulentas “heridas”. La condición de la iglesia, y aun su aspecto, parecen muy desmejorados. ¿Qué hacer? ¡Volvemos al Espíritu y dejarle en libertad para que pueda curar las heridas, y vendarlas!

¡Se precisa gran cantidad de aceite para curar las heridas del pueblo de Dios!

PALOMA

Finalmente, el Espíritu es representado como una paloma. El Señor escogió esta conocida ave para simbolizar su glorioso Espíritu. Es la paloma que descendió sobre el Señor Jesús en su bautismo, y que nos habla de ternura, delicadeza, sencillez e inocencia.

Una paloma es espantadiza. Fácilmente se asusta y huye. ¿Cómo es que el Espíritu de Dios, siendo tan fuerte –omnipotente– quiso representarse así? Es un misterio no del todo aclarado.

Con todo, hemos de ser celosos para no ofender esta Paloma, ni espantarla. Seamos delicados, tiernos y cuidadosos. No elevemos demasiado la voz, no le hagamos violencia, porque puede contristarse.

Una vez que ha sido afectada su santidad, puede permanecer muchos días triste, en un rincón de nuestro corazón, sin levantar el vuelo.

Que el Señor nos socorra para no pecar contra el Espíritu Santo, ni impedir que Él pueda hacer su obra en nosotros y a través de nosotros.

La mujer de Dios tiene amplias posibilidades de realización y de servicio.

¿Cuál es el ministerio de una mujer de Dios?



A. EL HOGAR.

“**P**ero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia.” (1ª Tim. 2:15).

“Que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada.” (Tito 2:4-5).

“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor”. (Ef. 5:22)

“La mujer respete a su marido”. (Ef. 5:33b).

De estos pasajes, podemos extraer dos áreas de responsabilidad de la mujer en el hogar:

1. Amar y respetar a su marido.
2. Amar y cuidar de sus hijos.

Amar y respetar a su marido.

El primer mandamiento es *amar*. Siendo la mujer de un carácter sensitivo y afectuoso, no resulta por lo general muy costosa esta demanda.

La mujer creyente que se ha casado enamorada, tendrá una disposición favorable hacia su marido, lo cual le facilitará enfrentar los días difíciles, y reforzar los lazos de amor ya existentes.

Ahora bien, si no se ha casado enamorada, entonces hallará la oportunidad de encontrar en Dios el amor que le fue esquivo.

Sea como fuere, podrá llegar a amar a su marido con el amor del Señor, incluso aunque éste no sea creyente.

Ahora bien, la demanda de *respetar* al marido pudiera encontrar mayores dificultades que la de amarlo. El carácter de la mujer es más vivo, y rápidamente querrá adelantarse a su marido en la opinión, en el parecer y aun en la toma de decisiones, lo cual puede transformarse en una tendencia a descalificarlo.

Si el amor de la mujer hacia el marido pudiera considerarse un sentimiento más o menos natural y espontáneo, el respeto no lo es. Por tanto, la mayor demanda para la mujer es respetar a su marido, valorándolo como la iglesia valora a su Señor.

El amor (sin el debido respeto) pudiera ser para la mujer una cómoda excusa para manipular al marido, y una causa de roce permanente que provoque el desagrado de Dios.

Amar y cuidar a sus hijos

El amor a los hijos se traduce en los cuidados, la crianza, la instrucción, y la disciplina, en el Señor. (Ef. 6:4).

El amor de la mujer hacia sus hijos es el afecto más necesario para ellos, y por lo tanto, es indelegable. *Esto significa que una mujer de Dios no puede traspasar esta función a otra mujer. Podrá recibir ayuda, pero no puede ser reemplazada.*

Una mujer que trabaja demasiado, y que, por ende, está demasiado tiempo lejos del hogar, corre el peligro de que la ‘nana’ ocupe en el corazón de sus hijos el lugar que le corresponde a ella.

La ‘nana’ puede ocupar perfectamente su lugar en la casa; pero no el de la madre en cuanto al amor y la instrucción de los hijos.

Así que, el hogar es el primero e indelegable ámbito de acción y de servicio de una mujer de Dios. *Si falla en esto, falla en todo.*

B. MÁS ALLÁ DE SU HOGAR.

Si cumple bien su ministerio doméstico, la mujer creyente tiene posibilidades de un amplio servicio más allá de su hogar.

1. En la iglesia.

Una metáfora de esto la encontramos en el Antiguo Testamento. Cuando se erigió el tabernáculo en el desierto hubo “mujeres sabias de corazón (que) hilaban con sus manos” los adornos del tabernáculo (Ex. 35:25-26). Las manos de una mujer dan cuenta de la sabiduría de su corazón. Así es también en medio de la iglesia. Hay servicios que difícilmente va a poder cumplir un varón, y es ahí donde la mujer tiene que ocupar su lugar.

Hay “obras de misericordia” (Rom. 12:8b, 13) que están esperando a las mujeres de Dios para su realización. Están las “buenas obras” de 1ª Timoteo 5:10: la práctica de la hospitalidad, el lavar los pies de los santos, socorrer a los afligidos, y, en general, toda buena obra.

2. Entre los no creyentes.

Hay una piedad práctica que puede desarrollarse entre los incrédulos, de lo cual nos da buen ejemplo la hermana Dorcas, de Jope. (Hechos 9:36-39).

Ella “abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía.” Ella favorecía a las viudas pobres de la ciudad confeccionándoles túnicas y vestidos.

El amor práctico que ella sembró en esas mujeres dio lugar, después de su muerte, a una dramática intercesión ante el apóstol Pedro, para su resurrección.

La piedad práctica de Dorcas sembró una semilla en el corazón de esas viudas que dio después fruto para la gloria de Dios. Cuando una mujer hace misericordia a los no creyentes, hallará sin duda la oportunidad para testificar de su fe. Entretanto, debe servirles con amor, como al Señor.

3. En sus negocios.

La mujer virtuosa de Proverbios 31 nos da ejemplo en esto. ¿Qué hace ella?

Ella trabaja con sus manos la lana y el lino (v.13), y cuida sus negocios (v.18). “Aplica su mano el huso, y sus manos a la rueca”. (v.19). Ella “hace telas, y vende, y da cintas al mercader.” (v.24).

No está vedado para la mujer de Dios ocuparse en estas cosas. Al contrario, puede ser de bendición para su marido y para sus hijos, el contar con algunos recursos para atender a necesidades especiales de la familia.

De manera que la mujer de Dios puede servir a Dios más allá de su hogar, pero sin descuidar su hogar. Si atiende bien su casa, podrá ir tan lejos como quiera (en sujeción); si no, tendrá una pérdida irreparable.

Las posibilidades de incursionar en ambientes extra hogareños se harán más viables una vez que los hijos hayan crecido. Entonces encontrará formas de acción que, junto con darle ocasión de realización personal, le ayudará a mitigar el vacío que los hijos van dejando tras su partida del hogar.

Y sobre todo, le permitirán ejercer plenamente su ministerio como mujer que ama a su Señor.

MI PROYECTO DE VIDA

“Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios. Quitá, pues, de tu corazón el enojo, y aparta de tu carne el mal; porque la adolescencia y la juventud son vanidad.” (Eclesiastés 11:9-10).

Generalmente, y sobre todo los fines de semana, los jóvenes se hacen “panoramas” para emplear su tiempo libre. Luego de todas las cosas que durante la semana ocupan su tiempo, para el fin de semana se busca algo distinto, sea con alguna amistad agradable, o en un paseo, un espectáculo, etc.

En el texto transcrito se nos ofrece la vida para vivirla. Hay alternativas, hay panoramas, hay alegrías, hay juventud. Delante de ti están todas las oportunidades placenteras. Sólo que hay un “pero”. Dice: *“Sobre todas estas cosas te juzgará Dios.”*

A veces, los jóvenes piensan que es muy temprano para pensar en un juicio, que eso está muy lejos, cuando llegue la vejez o cuando venga Cristo. Pero nosotros tenemos que saber que la vida es muy efímera. Como dice el profeta: *“Es como la flor de la hierba, que a la mañana crece y a la tarde ya está marchita”* (Salmo 90:5-6). Así es la existencia del hombre.

Pudiera ser que los años sean 70 ú 80 en los más robustos, pero aún así eso es todavía muy poco. No nos damos cuenta cómo pasan las horas, los días, los años. Un joven entra a la Universidad y piensa que va a estar allí un tiempo larguísimo. Pero no se da cuenta cuando termina su carrera y tiene que trabajar.

El tiempo que tenemos para tomar decisiones importantes es el que va entre los 14 y los 25 años. Si el proyecto de vida no se resuelve en esa edad, tal vez no se resuelva nunca. No nos damos cuenta cuando tenemos 45 años y estamos en la cima de la existencia humana. Cuando ya la curva que iba ascendiendo llegó a la cumbre, para luego descender hasta la vejez. Entonces nos

damos cuenta de que no hemos vivido, que se nos pasó el tiempo, que no hicimos cosas importantes. El hombre, a los 45 años suele sufrir una crisis, y decir: *“¿Qué he hecho con mi vida?!”* Y se da cuenta de que no ha hecho nada importante. Entonces trata de emprender las grandes cosas que antes nunca emprendió.

Así es la vida.

El proyecto de vida

Cada generación tiene que plantearse esa pregunta: *¿Qué voy a hacer con mi vida? ¿Cuál es el proyecto de mi vida?* Y entonces, es preciso tomar una decisión tempranamente, para luego invertir la vida en algo que resulte en beneficio para la causa del Señor Jesucristo.

Haz lo que quieras con tu vida –dice el Predicador en Eclesiastés– toma la decisión que quieras, pero debes saber que Dios te está mirando y está evaluando tus decisiones. Hay un Dios que está evaluando cuando tú decides, cada fin de semana, qué vas a hacer con tu tiempo, y con quién vas a pasar esas horas.

Por lo mismo, la Palabra dice: *“Quita, pues ...”*. Ese “quita, pues”, es, entonces, la recomendación que viene inmediatamente al saber que hay un Dios que nos mira: *“Quita, pues, de tu corazón el enojo, y aparta de tu carne el mal.”*

Cuántas veces –en la juventud– el corazón se llena de enojos, porque el proyecto de vida que empezamos a soñar desde la más tierna infancia, se ve obstaculizado. Un proyecto de vida contempla educación, familia, trabajo, etc., y muchas veces ese proyecto se está truncando tempranamente, por alguna razón. Sea porque no tuvieron los padres que ellos hubiesen querido tener; o porque no tuvieron los recursos económicos, o porque no tienen la capacidad para un buen rendimiento escolar.

Y entonces ellos piensan que su vida no es lo que hubieran querido. A veces se afligen pensando: *“¿Por qué no fui algo mejor?”*. Y a veces tienen un enojo aun con Dios mismo: *“¿Por qué no me hiciste un poco más inteligente?”* A veces piensan: *“¿Por qué tengo ya esta edad? Ya se me está acabando el tiempo, y no tengo el atractivo o la dulzura como para ser una persona deseada.”* Entonces se enojan con su nariz, con la

forma de sus ojos, con su pelo, con su estatura. *“¿Por qué no soy más delgado?”* –dicen–. *“No me va a tocar la suerte de hacer un buen matrimonio, y el proyecto de mi vida fracasará.”*

El plan de Dios para los jóvenes creyentes

Pero ¿sabes, querido hermano joven? Hay un proyecto que Dios tiene para ti: Y es que tú seas configurado a la imagen de Jesucristo. Dios ha preparado para ti un proyecto de vida. Has sido diseñado para expresar su gloria, para llevar eternamente la gloria de una Persona, la gloria de Cristo el Señor.

Si hoy no eres como Él, tienes la opción de ser como Él. El gran proyecto de vida que Dios tiene para ti es ese. Y tú tienes que aceptarlo, aunque fracasases en todo lo demás.

Es posible que los fracasos que tengas en todo lo demás sean el medio que Dios utilizará para que tú te rindas al Señor, para que, rendido a la voluntad de Dios, lo aceptes. Así, aunque no te cases, aunque no seas un profesional, aunque un día te cases y no precisamente con la persona que deberías haberte casado, aunque no llegues a tener los hijos que soñaste tener, de todas maneras el propósito final de tu vida se cumplirá.

Dios ha permitido y ha deparado para nosotros una vida que, aunque esté llena de tribulaciones, finalmente, el resultado de ella será que Dios formará en nosotros el carácter y la imagen de su bendito Hijo.

Y entonces decimos: ¡Gracias, Señor, ha valido la pena vivir! Y entonces nos abandonamos a ese proyecto y empezamos a tener un panorama distinto. Luego, no importará cuál sea la “onda” que haya por delante, y lo que hagan mis amigos. A mí lo que me interesará será agradecer a mi Señor.

Hay libertad para vivir como quieras. Sólo que hay un Dios que te creó con propósito. Y si lo aceptas, has de considerar su salvación y su voluntad para tu vida. Dios no tiene considerado para ti que caigas en pecado, en errores, en infortunios, en vicios, degradaciones, para que finalmente aprendas a vivir como a Él le agrada. El quiere que tú, ahora que eres joven, voluntariamente adhieras a ese propósito.



Acuérdate de tu Creador ahora

Eclesiastés 12:1 dice: "Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud". Los jóvenes dicen: "Más adelante. Primero voy a gozar mi vida; soy muy joven para restringirme en un camino cristiano. Yo primero voy a gozar la vida". Y entonces toman por la "cultura del despilfarro".

Entonces toman la decisión del hijo pródigo, de tomar los bienes y gastarlos; y las luces de neón los llamarán para que vayan a las discotecas y lo pasen bien. Y dirán: "Cristo no está contemplado todavía dentro de mi 'panorama'. Más adelante, sí."

Pero la Escritura te recomienda acordarte de tu Creador ahora que eres joven. Porque luego llegará el día de la vejez, que es cuando el proyecto de tu vida estará consumado. Allí se comprobará si fuiste un vencedor o un perdedor. Hay un plazo para vivir la vida, y es muy breve. Llega el día de la vejez cuando vienen los sinsabores y las enfermedades, la debilidad y la muerte. Y entonces es tarde para escoger.

"Serás —dijo el poeta Daniels—, lo que debes ser o no serás nada." Cuando tú eres lo que debes ser, es porque tomaste una sabia decisión tempranamente. Y lo que debes ser tú es, en primer lugar, una persona cristiana, una mujer y un hombre cristiano. Uno que tiene a Cristo en su corazón; uno que acepta el plan de Dios para su vida. Y si

tú no eres lo que debes ser a partir de ahora, no serás nada en la vida, aunque logres ser el mejor profesional, aunque tengas la mejor familia.

Puede ser que la mayoría de los jóvenes ya sabe bastante de amarguras y de sinrazones. La época que nos ha tocado vivir está marcada por una crisis existencial. Pero los jóvenes cristianos tienen un Salvador totalmente suficiente y poderoso para vivir una vida victoriosa, y sobreponerse al tiempo difícil que nos ha tocado vivir.

Con todo, esta época es también la más gloriosa del cristianismo. Tal vez nosotros esperemos en pie a nuestro Salvador. Tal vez a nosotros nos toque recibir a Cristo. No morir, sino ser arrebatados. ¡Un tiempo glorioso! Además, nunca ha habido más luz de la Palabra que en todo este tiempo que estamos viviendo nosotros ahora. Nunca la fe fue tan clara como en nuestro tiempo.

Un llamado final

Antes que llegue ese tiempo de la decrepitud, hay que tomar una decisión. Hay que concretar el proyecto de vida ahora. La verdadera libertad consiste en escoger qué es lo que gobernará mi vida. ¿Será mi profesión, será mi familia? ¿En qué voy a basar yo el proyecto de mi vida? Tú necesitas descubrir las riquezas que hay en Cristo a fin de gozarte en Él, y así salir del tedio de una vida carente de propósito.

Cuando Cristo es una realidad en tu vida desaparece cualquier otro panorama, quedando como única fuente de vida y gozo, seguro aliciente y poderoso motor que impulsa la vida, el Señor Jesucristo. Caminar a la luz de su rostro con temor es el principio de la sabiduría. Quien tenga esta realidad espiritual, no teme al mañana.

Ahora, te haré una invitación. Si aun no has entregado tu vida al Señor, si no has autorizado al Señor para que haga su voluntad en tu vida, es tiempo de que lo hagas.

Tienes que decidir ahora: ¿Quién va gobernar mi vida? ¿Quién es el motor que va a impulsar todo lo que yo voy a hacer en la vida? Cristo es el que tiene que ocupar el centro de tu corazón. Te invito a confiar en Él, y a considerarlo en todos tus caminos.



Gracias por la oración no contestada

"Conocí a una jovencita que se enamoró locamente de un Romeo adolescente, y le rogó a Dios que moviera su corazón en la dirección de ella. Su petición fue negada terminantemente.

Treinta y cinco años después, se volvieron a encontrar, y ella se quedó totalmente sorprendida al ver que el maravilloso hombre varonil, que ella recordaba, se había convertido en un individuo de mediana edad, inmotivado, barrigón e insoportable. Al verlo, se acordó de la oración que había hecho cuando era una jovencita, y dijo en voz muy baja: "¡Gracias, Señor!"

Citado por James Dobson, en "Cuando lo que Dios hace no tiene sentido".

Un gato no prueba la resistencia de un puente

"Estando en prisión, un comisario político, en forma bastante ruda, me preguntó: "¿Hasta cuándo va a creer usted en su ridícula religión?" Le contesté: "He visto a muchos ateos, que en su lecho de muerte se han lamentado de su incredulidad y, arrepintiéndose, han acudido a Cristo. ¿Puede usted imaginarse a un cristiano que, al ver acercarse la muerte, podría lamentarse de haber sido cristiano y recurrir a Lenin y a Marx para que lo rescaten de esa fe? Riéndose exclamó: "¡Formidable respuesta!" Continuó: "Cuando un ingeniero construye un puente, el hecho que lo cruce un gato no prueba su resistencia, sino cuando lo atraviese un tren. El hecho que Ud. pueda ser ateo cuando todo marcha bien, no prueba la verdad del ateísmo; éste se desmorona en los momentos de grave crisis."

Tomado de "Torturado por Cristo", de Richard Wurmbbrand.

Confesión de un incrédulo honesto

"Quiero presentarles a uno de los individuos más solitarios e infelices de la tierra. Estoy hablando del hombre que no cree en Dios. Puedo presentarles a tal hombre, pues yo mismo soy incrédulo, y al presentarme a mí mismo, usted será presentado al agnóstico o al escéptico de su propio vecindario, pues ellos están en todas partes. Se sorprenderá usted al saber que el agnóstico envidia la fe de usted en Dios, su firme creencia en un cielo después de la vida, y la bendita seguridad que usted tiene de que se encontrará con sus seres amados en la vida subsiguiente a la muerte, donde no habrá más tristeza ni dolor. El agnóstico daría cualquier cosa para poder abrazar esa fe y ser consolado por ella. Para él sólo hay el sepulcro y la persistencia de la materia. Después de la tumba, lo único que puede ver es la desintegración del protoplasma y del sicoplasma, de los cuales se componen mi cuerpo y mi personalidad. Pero en este concepto materialista, no hallo éxtasis ni felicidad.

El agnóstico puede enfrentarse a la vida con una sonrisa y una actitud heroica. Puede presentar una frente de valiente, pero no es feliz. Siente terror y reverencia ante la inmensidad y majestad del universo, sin saber de dónde vino, ni por qué. Se consterna ante lo estupendo del espacio y lo infinito del tiempo; se siente humillado por la infinita pequeñez de sí mismo, pues reconoce su fragilidad, debilidad y benignidad. Ciertamente, algunas veces suspira por tener algún bastón que le sirva de soporte. Él también lleva una cruz. Para él, esta tierra no es sino una mañosa balsa que marcha a la deriva en las aguas insondables de la eternidad, sin ningún horizonte a la vista. Le duele el corazón por cada vida preciosa que va embarcada en dicha balsa, siempre a la deriva, sin que nadie sepa hacia dónde."

W.O. Saunders, citado por James Kennedy en "Por qué creo".



“ESCUDRIÑAD LAS ESCRITURAS

Porque ellas dan testimonio de mí”

Apuntes a la lectura del Nuevo Testamento

¿“Escudriñad” o “Escudriñáis”?

La versión Reina-Valera traduce “Escudriñad”, como una orden, en Juan 5:39. Otras versiones traducen “Escudriñáis”, como la constatación de un hecho. Pareciera ser que la mejor traducción sería esta última, como lo hacen la Biblia De Jerusalén, y el Testamento Interlineal de Lacueva, entre otros. El Señor Jesús recriminaba así a los judíos por centrar exclusivamente la atención en las Escrituras, y no acudir a Él para que les diera vida. Las Escrituras, sin el Señor Jesucristo, o dicho de otra manera, sin que sean capaces de mostrarnos a Cristo, no tienen valor. La vida está en Cristo, no en las Escrituras.

El diablo como actor

En 1ª Pedro 5:8 leemos: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente ...”. La palabra traducida aquí como *adversario*, en griego es literalmente, **actor** (que acusa ante los tribunales). En 2ª Cor. 11:14 dice que Satanás “se disfraza como ángel de luz”. Nosotros sabemos que un actor no muestra su real fisonomía; se ‘disfraza’ para representar un papel en una comedia. El diablo es astuto y engañoso en grado sumo, y para hacerlo, utiliza las más diversas formas y aspectos, tal como un actor.

Apartados a empujones

Moisés era idolatrado por los fariseos en tiempos del Señor; pero sus antepasados le resistieron y “le apartaron de sí a empujones” (Hechos 7:39. La versión Reina-Valera traduce: “le desecharon”), igual que a Pablo después (Hechos 21:30-31;32). Esto no es nuevo. Como alguien ha dicho, “la historia del hombre nos confirma que la tendencia de este mundo es alabar a los santos muertos y perseguir a los vivos.” (Ver Mateo 23:29-30).

Base de abastecimiento

Gálatas 5:13 dice: “... no uséis la libertad como ocasión para la carne”. La palabra *ocasión* podría traducirse literalmente como “base de abastecimiento”. La carne puede ser alimentada, abastecida, y la libertad que el creyente tiene en Cristo puede ser utilizada para ese nefasto fin. (También en Romanos 7:8,11; 2ª Corintios 5:12; 11:12; y 1ª Timoteo 5:14). Es preciso abastecer el espíritu (Romanos 8:6).

QUINCE PREGUNTAS SOBRE LA VIDA DE ...

Noé

1. En Génesis 6:9 se dice que Noé caminó con Dios. ¿De qué otro personaje bíblico se dice lo mismo?
2. ¿Cómo se denomina a Noé en Hebreos 11:7 y 2ª Pedro 2:5?
3. ¿Cuál fue el resultado de la predicación de Noé?
4. ¿Cuántos años tenía Noé al nacer su primer hijo?
5. ¿Cuántos años tenía Noé cuando sobrevino el diluvio?
6. ¿Cuántos días duró el diluvio?
7. ¿Cuánto tiempo estuvo Noé dentro del arca?
8. ¿Dónde desembarcó Noé luego del diluvio?
9. ¿Cuál fue el pacto que hizo Dios con Noé?
10. ¿Qué debilidad muestra Noé después del diluvio?
11. ¿Qué naciones nacieron de cada uno de los hijos de Noé? (Génesis 10:2-31)
12. ¿A qué edad falleció Noé?
13. ¿En qué sentido Noé es un tipo de Israel?
14. A la luz de Ezequiel 14:14,20 ¿con qué personajes podemos comparar a Noé?
15. ¿En qué se asemejan los tiempos de Noé a los nuestros? (Mateo 24:37-38; Lucas 17:26-27)

La impotencia de un pintor

Un joven estudiante norteamericano estaba sentado en una galería artística de cierta ciudad europea, y procuraba copiar una de las grandes obras maestras de la antigüedad. Trabajó pacientemente sobre su tela, pero el resultado no le satisfizo. Su trabajo fue una pobre imitación del original. Un día se quedó dormido sobre su lienzo y tuvo un sueño.

Soñó que el espíritu del viejo maestro se había apoderado de su cerebro y de su mano. Echó mano a sus pinceles con gran vehemencia, y rápidamente reprodujo la obra maestra que tenía delante. Su obra fue muy reconocida. Tenía los rasgos artísticos y los toques originales del genio que caracterizaban al original. Desde el primer instante su cuadro entró a ocupar un sitio entre las obras famosas del mundo, y el joven artista fue aclamado como nuevo maestro. Pero, el pobre estudiante se despertó para descubrir que todo había sido sólo un sueño, y, muy decepcionado, prosiguió con su infructífera tarea.

Pero, amados míos, espiritualmente el sueño del joven artista puede llegar a ser gloriosamente cierto. Estudiamos el carácter de Cristo tal como lo vemos retratado en los evangelios. Reconocemos que su inmaculada pureza y su perfecta obediencia constituyen la única norma de carácter y conducta aceptables a Dios. Entonces procuramos imitar a Cristo. Nos esforzamos por alcanzar su inmaculada pureza y ansiamos llegar a imitar su perfecta obediencia. Pero, a cada paso caemos.

Finalmente, en medio de nuestro desaliento y desesperación, Dios nos da la visión de Cristo haciendo su morada dentro de nuestra alma.

El divino Maestro vivirá dentro de sus discípulos. Se unirá con nosotros de manera inseparable, refundiendo su vida en la nuestra y la nuestra en la suya. Cristo pensará por medio de nuestras mentes, amará por medio de nuestros corazones; Cristo obrará por medio de nuestras voluntades; guardará la ley dentro de nosotros; agrará a su Padre dentro de nosotros. Cristo derrocará el dominio del pecado y el poder de la carne, destronará al yo, y reinará supremo en nuestras vidas. En una palabra, todo lo que no podemos lograr ser y todo lo que no podemos hacer nosotros, Cristo en persona hará dentro de nosotros.

George P. Pardington, en *La crisis de la vida espiritual*

Los enemigos del cristiano:

EL PECADO

CÓMO SER LIBRES DEL PECADO

En el mismo momento en que una persona cree en el Señor Jesús es librada del pecado. No obstante, puede ser que ésta no sea la experiencia común de todos los creyentes. Son salvos, pertenecen al Señor y poseen vida eterna, pero todavía son asediados por el pecado sin poder servir al Señor como desean.

Para alguien que recién ha creído en el Señor Jesús es una experiencia muy dolorosa ser acosado continuamente por el pecado. Es sensible al pecado y tiene una vida que condena el pecado, pero todavía peca. Esto da como resultado frustración y desánimo.

Muchos cristianos tratan de vencerlo usando sus propios esfuerzos. Creen que si renuncian a él y rechazan sus tentaciones, serán librados. Algunos luchan constantemente contra éste con la esperanza de vencerlo. Otros piensan que el pecado los ha hecho cautivos y que tienen que emplear todas las fuerzas para librarse de sus ataduras. Pero éstos son pensamientos humanos, no es lo que la Palabra de Dios nos enseña. Ninguno de estos métodos conducen a la victoria. La Palabra de Dios no dice que luchemos contra el pecado con nuestras propias fuerzas, sino que seremos rescatados del pecado, es decir, puestos en libertad. El pecado es un poder que esclaviza al hombre, y la manera de acabar con éste no es destruyéndolo por nosotros mismos, sino permitiendo que el Señor nos libere de él. El Señor nos salva del pecado anulando el poder que éste tiene sobre nosotros. En Romanos 7 y 8 vemos cómo puede lograrse esto.

I. EL PECADO ES UNA LEY (Rom. 7: 15-25).

En los versículos 15 al 20, Pablo usa repetidas veces las expresiones “querer” y “no quiero” y hace mucho énfasis en esto; pero, en los versículos del 21 al 25 hace hincapié en la ley. Estos dos asuntos son la clave de este pasaje.

La ley es algo inmutable e invariable, que no da lugar a excepciones. Su poder es natural, no artificial. Por ejemplo, la gravedad es una ley. Si lanzamos un objeto al ai-

re, inmediatamente cae al suelo, aunque nosotros no lo tiremos hacia abajo.

Romanos 7 nos muestra que Pablo trataba de librarse del pecado, porque deseaba agradar a Dios. No obstante, al final tuvo que admitir que era vano tomar la determinación de hacer el bien. Esto nos muestra que el camino a la victoria no reside en la voluntad ni en la firmeza del hombre. El deseo está en uno, pero no el hacerlo. Después del versículo 21, Pablo nos muestra que aún permanecía en derrota. Esto se debe a que el pecado es una ley. En su corazón, él estaba sujeto a la ley de Dios, pero su carne se rendía ante la ley del pecado.

Pablo fue la primera persona en la Biblia que dijo que el pecado era una ley. Este es un descubrimiento de suma importancia. Es una lástima que muchos cristianos aún no se den cuenta de ello. Muchos saben que la gravedad es una ley y que la dilatación de los gases con el calor es otra ley, pero no saben que el pecado es una ley. Así que, detrás de nuestros fracasos hay una ley.

II. LA VOLUNTAD DEL HOMBRE NO PUEDE VENCER LA LEY DEL PECADO.

Después del versículo 21, los ojos de Pablo se abrieron, y pudo ver que su enemigo, el pecado, era una ley. Entonces dijo: “*Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*” Él comprendió que era imposible prevalecer sobre el pecado usando su voluntad.

¿Qué es la voluntad? Es lo que el hombre quiere y decide hacer; y está constituida de las opiniones y juicios humanos. Una vez que la voluntad del hombre se propone hacer algo, lo lleva a cabo. La voluntad del hombre tiene cierto poder; existe fuerza en la voluntad. Pero ahí yace el problema. Cuando la voluntad entra conflicto con la ley del pecado, ¿cuál de los dos prevalece? Por lo general, la voluntad prevalece al principio, pero finalmente gana el pecado. Supongamos que usted sostiene con su mano un libro que pesa un kilo. Aunque hace lo posible por sostenerlo, la gravedad lo atrae hacia abajo. La acción constante de la ley de gravedad finalmente prevalecerá, y el libro caerá al piso. La gravedad nunca se cansa, pero su mano sí. El libro se ha vuelto más pesado: la ley de gravedad ha triunfado

sobre el poder de su mano. El mismo principio se aplica cuando usted trata de vencer el pecado ejerciendo su voluntad. Esta puede resistir por algún tiempo; pero al final, el poder del pecado vence al poder de su voluntad.

Es fácil ver que el mal genio es un pecado. Después que usted explota, reconoce que actuó mal, y se promete que eso no volverá a suceder. Ora y recibe el perdón de Dios. Confiesa su pecado a los demás, y su corazón vuelve a tener gozo. Usted cree que no se volverá a enojar. Pero al tiempo, vuelve a enojarse, y así una y otra vez. Esto comprueba que el pecado no es un error fortuito, sino que es algo que ocurre repetidas veces y que lo atormenta continuamente. Aquellos que mienten siguen mintiendo, y aquellos que pierden la paciencia, la continúan perdiendo. Esta es una ley, y no hay poder humano que pueda vencerla.

Una vez que el Señor nos conceda misericordia y nos muestre que el pecado es una ley, no estaremos lejos de la victoria. Después de que Pablo lo descubrió, comprendió que ninguno de sus métodos funcionaría. Este fue un gran descubrimiento, una gran revelación para él.

Debemos encontrar el significado de Romanos 7 antes de poder experimentar el capítulo 8. Lo importante no es entender la doctrina de Romanos 8, sino haber salido de Romanos 7. Si uno no ha visto que el pecado es una ley y que la voluntad nunca la puede vencer, se encuentra atrapado en Romanos 7; nunca llegará a Romanos 8.

Puesto que el pecado es una ley, y la voluntad no puede vencerla, ¿cuál es el camino para alcanzar la victoria?

III. LA LEY DEL ESPÍRITU DE VIDA NOS LIBRA DE LA LEY DEL PECADO. (Rom. 8:1-2).

El camino hacia la victoria consiste en ser librado de la ley del pecado y de la muerte. Muchos hijos de Dios piensan que es el Espíritu de vida quien los libra del pecado y de la muerte; no ven que es la ley del Espíritu de vida la que los libra de la ley del pecado y de la muerte. Cuando el Señor abre nuestros ojos, vemos que el pecado y la muerte son una ley, y que el Espíritu Santo es también una ley. Descubrir esto es un gran suceso. Cuando nos damos cuenta de

este hecho, saltamos y exclamamos: "¡Gracias a Dios, aleluya!".

No necesitamos querer, ni hacer algo, ni aferrarnos al Espíritu Santo para que esta ley nos libre de la otra ley, ya que el Espíritu del Señor está en nosotros. *Si en momentos de tentación tememos que el Espíritu del Señor no operará en nosotros a menos que nos esforcemos en ayudarlo, aún no hemos visto el Espíritu de vida como una ley que opera en nosotros.* El problema de una ley, sólo puede ser resuelto por otra ley.

La gravedad es una ley que atrae los objetos hacia el suelo. Pero si inflamamos un globo de helio, comenzará a elevarse, sin necesidad de que el viento u otra fuerza lo sostenga. Lo que lo lleva a elevarse es una ley,

y no necesitamos hacer nada para ayudarlo. De la misma manera, la ley del Espíritu de vida elimina la ley del pecado y de la muerte sin ningún esfuerzo nuestro.

Supongamos que alguien lo regaña a usted o lo golpea injustamente. Es posible que usted venza la situación sin siquiera comprender lo que ha sucedido. Después de que todo pasa, posiblemente se pregunte cómo es posible que no se enojó a pesar de haber suficiente motivo para hacerlo. ¡Pero asombrosamente usted venció la situación sin darse cuenta! De hecho, las verdaderas victorias se obtienen sin que nos demos cuenta, porque es la ley del Espíritu de vida, no nuestra voluntad, la que actúa y nos sostiene. Mientras desconfíe de su voluntad y es-

fuerzo propio, el Espíritu Santo lo conducirá al triunfo. Nuestros fracasos del pasado fueron el resultado de una ley, y las victorias de hoy también son el resultado de una ley. La ley anterior era poderosa, pero la ley que hoy tenemos es más poderosa.

Toda persona que ha sido salva debe saber claramente cómo ser librada.

Primero, debemos ver que el pecado es una ley que actúa en nosotros. Si no vemos esto, no podemos proseguir.

Segundo, que la voluntad no puede vencer la ley del pecado.

Tercero, que el Espíritu Santo es una ley, y que esta ley nos libra de la ley del pecado.

Watchman Nee (Adaptado).



PARA MEDITAR

"¿Habéis notado la diferencia en la vida cristiana entre la obra y el fruto? Una máquina puede hacer trabajo; sólo una vida puede llevar fruto. Una ley puede obligar a trabajar; sólo el amor puede dar fruto espontáneamente. El trabajo implica esfuerzo y tarea: la idea esencial del fruto es que es un producto natural reposado de nuestra vida interior."

Andrew Murray, en *La vid verdadera*

"Si alguien piensa que los cristianos consideran la falta de pureza como el vicio supremo, están equivocados. Los pecados de la carne son malos, pero no son los peores. El pecado de manipular a la gente, la búsqueda del poder para aprovecharse de los demás, la calumnia, la mentira, el rencor, la venganza, el odio son peores que los llamados placeres de la carne. Porque hay dentro de mí dos tendencias que compiten con el ser humano que debo procurar llegar a ser: el ser animal y el ser diabólico; y de los dos, el diabólico es el peor. Por esta razón, siguiendo el pensamiento de Jesús, un frío y rígido fariseo, satisfecho de sí mismo, que va regularmente al templo, puede estar mucho más cerca del infierno que una prostituta. Pero, por supuesto, lo mejor es no ser ninguna de las dos cosas."

C.S. Lewis en *Cristianismo y nada más*

"El peor enemigo del cristianismo no es el ateísmo sino la religiosidad cristiana, la que se traduce en un cristianismo humanizado y hecho a la medida del hombre, que no depende de Dios y sus mandamientos, sino de su razón, sus deseos y su comodidad."

Cristian Romo, en *El reino de Dios y su impacto en el mundo de hoy*

"La experiencia nos ha enseñado que los caminos de Dios son los mejores, y que nuestros pequeños planes son con frecuencia frustrados por su grande misericordia."

Guillermo Carey

"La característica distintiva del paganismo era el énfasis puesto en el ceremonial. Esta actitud había penetrado en la religión de Israel, de tal modo que la había transformado en un cumplimiento automático sin relación con la vida, y en un sustituto de una auténtica moralidad".

K.M. Yates (h), en *Estudios sobre el libro de Amós*

QUEBRANTADO

*Como frasco de alabastro
se quebranta el corazón.
Se derrama el nardo puro
a los pies de mi Señor.*

*Muero yo para que viva
sólo Jesucristo en mí.
Como frasco de alabastro
me quebranto el corazón.*

*El tesoro de mi vaso
es tesoro de su amor;
por su Espíritu me anuncia
que lo deje en libertad.*

*Como unguento derramado
a los pies de mi Señor,
muero yo para que viva,
sólo Jesucristo en mí.*



*(Tomado de "Como el rocío de Hermón"
del Hno. Claudio Ramírez)*



EL ETERNO PROPÓSITO DE DIOS PARA EL HOMBRE

A fin de conocer cuál es el eterno propósito de Dios para el hombre, debemos ir más atrás de la caída en el Edén.

Debemos remontarnos a Génesis capítulo 1.

En el sexto día de la creación, Dios dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra” (1:26).

Dios creó al hombre a su imagen y conforme a su semejanza. La imagen de Dios es Cristo (Colosenses 1:15). Por tanto el hombre fue creado a imagen de Cristo.

Dios amaba eternamente a su Hijo, y creó al hombre para que tuviera la misma imagen de su Hijo, y así tener no sólo a su Hijo Unigénito, sino a muchos hijos, de los cuales su amado Hijo sería el primogénito. (Romanos 8:29).

Al crear al hombre, Dios quiso que él fuera como su Hijo; por tanto, la honra y dignidad del hombre es muy grande. Ninguna otra criatura tiene este alto privilegio. Por supuesto, Dios quiere que todas las cosas expresen la gloria de su Hijo, pero ninguna de ellas fue creada a imagen de su Hijo.

El propósito de Dios para el hombre es que éste posea la vida y la gloria de Cristo.

Luego de la caída, Dios redimió al hombre por causa de Cristo, para que el propósito de Dios tuviera cumplimiento. La caída del hombre no podía frustrar el propósito de Dios, antes bien, Dios se sirvió de ella para mostrar su maravilloso amor, y la obediencia perfecta de su amado Hijo.

En la redención, el Señor Jesús reconcilia todas las cosas con Dios y también imparte su vida al hombre. A través de su muerte, se liberó la vida divina que estaba escondida en su interior, y el Grano de trigo produjo muchos otros granos que participan de su misma vida.

Dios creó al hombre para satisfacer el corazón de Cristo, para que pueda llegar a

ser como Cristo, expresando tanto su vida como su gloria.

El hombre fue creado también para que señoreara. Señorear es ejercer señorío, dominio. En el versículo 28 de Génesis 1 dice: “Llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread...”.

El versículo 26 detalla cuál será el ámbito de su señorío. Están “los peces del mar”, “las aves de los cielos”, “las bestias”, “toda la tierra”. Parece que ahí termina todo. La expresión “toda la tierra” resume todo lo anterior.

Sin embargo, hay más: “y en todo animal que se arrastra sobre la tierra”. ¿A qué se refiere esta expresión, que se agrega a lo ya dicho?

Con ella se menciona a los reptiles, específicamente a la serpiente, en referencia directa al diablo y Satanás. Esta es la serpiente antigua que tentó a Adán y Eva en el huerto, y son las “serpientes y escorpiones y toda la fuerza del enemigo” de Lucas 10:19.

Es que, antes de la creación del hombre Dios tenía un problema. Una criatura, la más hermosa de la creación de Dios – Lucifer –, se había rebelado, y quiso Dios, en su sabiduría, que esta otra criatura –el hombre– tuviera poder y autoridad sobre aquella. Por causa de que el hombre fue creado a imagen de Cristo, teniendo su vida y su gloria, podría vencerle.

La gloria de Dios es que el hombre --una criatura inferior a los ángeles– venza a Satanás en todo lugar, a causa de la gloria de Cristo que tiene en su interior.

Pero el propósito de Dios va aún más lejos en lo tocante al hombre. El quiere que no sólo tengamos la vida y la gloria de su Hijo, sino que seamos herederos suyos, y coherederos con Cristo. Cuando el Hijo reine sobre todas las cosas – en el Milenio sobre esta tierra y en la eternidad futura– el hombre reinará con Él.

En esta era Dios está asemejándonos más y más a su amado Hijo. Por medio de las pruebas, aflicciones y diversos tratos, el Padre y el Espíritu Santo están logrando que los creyentes vayamos siendo transformados en la imagen de Cristo. La consuma-

ción de este proceso se verificará cuando el Señor Jesús regrese a la tierra y seamos transformados para tener un cuerpo semejante al cuerpo de la gloria suya (Fil. 3:21), y así seamos tal como Él es. (1ª Juan 3:2). Hoy tenemos la vida de Cristo y mañana tendremos –en toda su maravillosa expresión– la gloria de Cristo.

El lugar de la iglesia

Desde el principio encontramos que el propósito de Dios no sólo incluía a Adán, sino también a su mujer. En Génesis 1:26 debería traducirse, “y señoreen”, en directa alusión a Adán y Eva. Lo mismo se confirma en el versículo 28 con las expresiones: “Fructificad, “multiplicaos”, “señoread”. Luego, antes de la caída (capítulo 2) Eva es creada de la costilla de Adán. Ellos señorean juntos. Adán no podía estar solo.

A la luz de Efesios 5:31-32 Adán representa a Cristo (habiendo sido creado a su imagen) y Eva a la iglesia. De manera que Adán representa al Cristo personal, y Eva representa al Cristo corporativo, es decir, a la iglesia. Es el mismo Cristo (Eva fue tomada enteramente de Adán) pero en otra forma.

Habiendo el Señor Jesucristo vencido a Satanás en la cruz, le infligió una herida mortal de la cual no se puede recuperar nunca. Ahora corresponde al Cristo corporativo – la iglesia – continuar derrotando a Satanás en todo lugar, hasta su encierro en el abismo (Apoc. 20:2-3). En ello toman parte activa los vencedores dentro de la iglesia.

El propósito eterno de Dios para el hombre se cumple gracias a que Cristo le recupera de su caída, le imparte su vida y su gloria, le pone en posición de victoria sobre los enemigos de Dios, y le hace partícipe de su reino sempiterno.

Tener muchos hijos en la gloria es el propósito de Dios plenamente realizado en la consumación de los siglos.

Entonces, la caída será solo un recuerdo que permitirá al hombre ver de dónde le sacó el Señor y cuán deudor es al amado y

Bocadillos de la mesa del Rey

LA OREJA DE MALCO

(Juan 18:10-11)

Cuando el Señor fue arrestado, Pedro, que tenía una espada, la sacó e hirió a Malco, un siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Llevado por su celo muy humano, Pedro quiso defender al Señor con su espada. Tal vez pensó que la captura de su Maestro era un asunto de fuerza. Su Maestro estaba –a sus ojos, sin duda– muy debilitado; él necesitaba un hombre fuerte a su lado. Su acción es muy parecida a la de Uza, en tiempos del rey David, cuando quiso evitar que el arca cayese del carro conducido por los bueyes.

¿Ayudarle a Dios?

Para sorpresa de Pedro y de todos, el Señor restauró la oreja que había sido cortada. Su poder estaba intacto. Si no se defendía de sus capturadores, no era por un problema de fuerza.

¿Cuántas veces tuvo que refrenarse para evitar que el poder saliera de sí a raudales? Como comprimido dentro de su frágil vaso de carne, no lo quiso usar, por ejemplo, para mover la piedra que encerraba a su amigo Lázaro, muerto; no lo usó para procurarse comida junto al pozo de Jacob, no lo usó para trasladarse de un lugar a otro –como ocurrió con Felipe, el evangelista–; no para llamar a las legiones de ángeles que esperaban una sola palabra para entrar en acción. ¿Cómo es que la mano de los que le golpearon no se volvió sarnosa como la del rey Ezequías, siendo que ellas cometieron una profanación muchísimo mayor?

En cambio, cuánto alarde solemos hacer nosotros de nuestra pequeña autoridad, de nuestras mínimas facultades. Si está en nuestra mano, nos procuraremos de todo el bien y nos defenderemos de todo el mal posible, nos aprovisionaremos de todo lo que nuestra alma desea. Y si tenemos algún poder, lo usaremos a diestra y siniestra, esforzándonos por hacerlo muy notorio. El Señor escondió su gloria. En cambio, nosotros estamos prestos a exhibirla.

La oreja de Malco nos dice que el poder sólo sirve para la gloria de Dios, no para nuestra defensa, ni para nuestra gloria.

CITAS ESCOGIDAS

“Para que Dios nos dé nueva luz, es preciso que nuestra conducta esté a la altura de la luz que ya nos ha comunicado.”

C.H. Mackintosh

“El mundo está pereciendo porque no conoce a Dios, y la iglesia languidece porque no goza de su presencia.”

A.W. Tozer

“¿Qué es mi vida, Señor mío, sino todo dulzura por tu amoroso abrazo?”

Nicolás de Cusa

“Cualquiera que sea tu punto fuerte, Dios ha de tocarlo.”

Luis Palau

“Los hijos de Dios no somos perfectos, pero somos perfectamente sus hijos.”

D.L. Moody

“Una de las lecciones más difíciles de aprender es la manera de rendirnos al Espíritu Santo.”

Kathryn Kuhlman

“No creas acerca de Jesús, sino en Él.”

F.B. Meyer

CARTAS DE NUESTROS LECTORES

Comunidades cristianas

Es un placer saludarlos y a la vez felicitarlos por el boletín “Aguas Vivas”, el cual he tenido la bendición de leer.

Actualmente estoy cursando el 3er. Semestre de la carrera de Periodismo. Eso me ha llevado a tener la inquietud de transmitir por un medio (Internet) las verdades del eterno propósito de Dios. Es así como ha nacido la página <http://www.comunidadescristianas.cl>, que ha tenido una recepción interesante. Desde noviembre es la más visitada en Chile.

Dado lo anterior, es que quisiera que pusieran algunos de sus artículos en este sitio (ojalá su boletín) y así tener la oportunidad de llegar a miles de personas.

Para mí sería un honor contar con algunos de sus artículos. Desde ya muchas gracias.

Alberto Rojas – Santiago, Chile.

Copias para los hermanos

Feliz por haber recibido la revista “Aguas Vivas”. Realmente me ha parecido fabulosa, y lo que más feliz me pone es saber que en tu país hay un gran avivamiento y que el nombre de Dios está siendo enaltecido.

A fin de poder tener la colección completa de la revista, si es posible, y tienen ejemplares en existencia, me gustaría recibir los dos números anteriores a ésta. Le sacaré copia y entregaré a varios miembros de la iglesia a la que asisto.

Si de alguna manera debo colaborar para gastos de envío de la revista, te agradecería que me lo dejes saber, pues no quiero perderme ni un número.

Eliseo, cuenta con esta hermana dominicana

que tratará en medio de sus afanes escribir algo como colaboración para su revista.

Dejando la bendición del Poderoso, se despide,

Nelly Cordero

Santiago de los Caballeros, Rep. Dominicana.

Instituto Betel

Que Dios les bendiga poderosamente. Estuve analizando y leyendo el rico material que posee su revista, y me sentí impulsado a realizar esta solicitud. Lo que quiero solicitar es si podrían ustedes enviarme las ediciones anteriores de esta maravillosa revista. Somos una institución de enseñanza, y nuestros alumnos tienen muchas ganas de información. Si me las envían por Correo, las estaríamos poniendo a disposición de los alumnos en nuestra modesta biblioteca.

Desde Paraguay estamos orando por Uds.

Pr. Anderson Augusto Pariz.

Director Instituto Betel de las Asambleas de Dios Misioneras, Asunción, Paraguay.

Hasta donde el Señor quiera

Gracias, en verdad muchas gracias por enviarme la revista. Para mí es una bendición invaluable, no sólo para mí, sino para todos mis hermanos de la Universidad. Una hermana fotocopió la revista y se la iba a enviar a una pastora de su iglesia que está haciendo obra por Cuzco. Yo sé que esta bendición llegará muy lejos, a donde el Señor quiera que llegue.

Hermanos míos, el Señor bendiga el fruto de sus manos y lo haga fructificar sobremanera. Gloria a Dios por tenerlos a ustedes, que aunque estemos lejos, el Espíritu es uno.

El Señor los llene de paz, que sobrepasa todo entendimiento.

Su hermana en Cristo,

Giovanna Villavicencio
Lima, Perú.

Ediciones anteriores

He recibido la revista y la estoy leyendo. Realmente es muy hermosa, y los felicito por tan excelente trabajo.

Quisiera saber si hay posibilidad de recibir alguna de las ediciones anteriores, por favor, ya que este ejemplar está siendo de mucha edificación para mi alma. Cuando la termine de leer la compartiré con los hermanos de mi congregación.

Desde aquí oraré para que el Señor los siga prosperando en la misión en la cual están trabajando.

Gracias, muchas gracias por toda la molestia ocasionada, y que el Dios de paz les bendiga.

Un abrazo fraternal,

Oscar Ibáñez.
Río Negro, Argentina.

Compartir con los jóvenes

Qué gusto saludarlo desde tierras mexicanas. Es un gusto el poder estar en contacto con hermanos de Chile. Gracias, estoy visitando la página electrónica de la revista, la cual por cierto se me hace fantástica. Tiene unos temas muy interesantes. Me interesaría obtener la revista impresa, para así poder decirles a todos los jóvenes lo que pasa en otros países con la vida cristiana.

La iglesia a la que yo pertenezco se llama “Centro Cristiano” Misiones Transmundoiales.

Dios le colme de bendiciones y haga resplandecer su rostro sobre el suyo.

Georgina Cienfuegos P.
Cuernavaca, México.